El taller

***Conversar**, imprescindible para conocernos y construir confianza.*
***Valorar la diversidad**, ejercicio sin el cual perderíamos el sentido más profundo de la humanidad.*
***Escuchar**, con el corazón, pausadamente, para descubrir nuestra propia voz y comprender la del otro que nos rodea, nos acompaña.*
***Leer la vida** en cada detalle que parece inocuo, hasta que nos detenemos a observar.*
***Escribir**, para relatar las dulces sorpresas de lo cotidiano y conjurar los temores innombrables.*

Conjugamos estos verbos en Prensa Escuela con la convicción de que las trasformaciones para el bien común, son posibles.

elCOLOMBIANO

ISSN 2215-9886
Medellín, Noviembre de 2019

Verbos para la vida

Clara Tamayo Palacio • ***Coordinadora Prensa Escuela*** • ***El Colombiano***

Tres verbos han sido el sustento de mi vida personal y profesional: confiar, escuchar, agradecer.

Confiar. La confianza le da soporte a la sociedad, sin ella son inviables la seguridad, el valor de lo público, el sentido del bien común, la democracia. La confianza es el alimento de las posibilidades. Parece natural confiar en la familia, en los maestros, en la institucionalidad, pero perviven situaciones que nos demuestran la necesidad de volver a restablecer la confianza que deambula sola y confundida en sociedades hurañas. Confiar en un desconocido es tal vez más improbable, pero cuando eso sea posible, quizá podamos devolverle el sentido colectivo a la sociedad. Entonces, nuestro deber desde los medios de comunicación, en la familia, en la escuela, es volver a enseñar a confiar. En Prensa Escuela construimos confianza derribando barreras y prejuicios para permitirles a jóvenes, de distintos contextos sociales y con diversos capitales culturales, compartir para volver a valorar la diferencia como un primer paso para construir confianza.

Escuchar. Conjugar este verbo es imprescindible para sembrar confianza. Si no escuchamos, seremos más proclives a la esclavitud que generan los prejuicios. Si escuchamos, para razonar con el corazón, podremos acercarnos a lo profundo del ser humano, desde los gestos cotidianos más sencillos, para ser capaces de resolver las discrepancias con una conversación. En Prensa Escuela ponemos en práctica la capacidad de escuchar y de conversar para derribar con palabras las limitaciones que nos imponen las miradas parcializadas de la realidad.

Agradecer. Sin reservas, a El Colombiano, por su convicción de contribuir con la formación ciudadana por medio de la utilización, análisis y generación de información, con criterio y responsabilidad, durante estos 25 años de existencia de Prensa Escuela.

Agradecer, a las Universidades Pontificia Bolivariana y de San Buenaventura por trabajar con prensa Escuela en una alianza que se sustenta en la capacidad de escucha para desarrollar juntos una propuesta de formación en ciudadanía, orientada a jóvenes y maestros, que trasciende la mirada corporativa y que nos ha permitido vivir la confianza.

Agradecer, a programas como Adopta una Autor, del Plan Ciudadano de Lectura, escritura y oralidad de la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín, que hizo posible nuestro encuentro con el maestro, periodista y escritor Juan José Hoyos. Gracias a él también por haber escrito textos que nos hicieron reflexionar sobre el valor de contar historias, sobre la necesidad de confiar en las palabras. Gracias a Carlos Palacio, Pala, cantautor y escritor, por compartir con los jóvenes, de manera genuina y desinteresada, su amor por la música, su amor por el lenguaje. Gracias a todos los autores que leímos, a los jóvenes que participaron de El Taller, a los talleristas que fueron nuestros interlocutores este año, por ser referentes de confianza en este encuentro con la vida que es Prensa Escuela■

El taller

El Taller 2019 N° 15 ISSN 2215-9886

El Taller Prensa Escuela • Prensa Escuela EL COLOMBIANO
Universidad Pontificia Bolivariana • Universidad de San Buenaventura

EL COLOMBIANO
Gerente general
Germán Andrés Chaves Gómez
Directora
Martha Ortiz Gómez
Jefe de Comunicaciones y Relaciones Corporativas
María José Jaramillo Berrío
Coordinadora Prensa Escuela
Clara Tamayo Palacio

Universidad Pontificia Bolivariana
Rector
Julio Jairo Ceballos Sepúlveda
Decano Escuela de Ciencias Sociales
Ramón Maya Gualdrón
Dir. Facultad de Comunicación Social - Periodismo
María Victoria Pabón Montealegre
Decano Escuela de Educación y Pedagogía
Guillermo Echeverri Jiménez
Coordinadores Convenio Prensa Escuela - UPB
Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Carolina Campuzano Baena
Facultad de Educación
José Mario Cano Sampedro

Universidad de San Buenaventura
Rector
Fray Efrén Parmenio Ortiz Ortiz, OFM
Decana Facultad de Educación
Carmen Tulia Cano Álvarez
Coordinadora Convenio Prensa Escuela - USB
Sonia Amparo Guerrero Cabrera

Diseño, pre-impresión y producción
Daniel Gómez Correa
Preprensa EL COLOMBIANO
Diseño de portada
Manuela Meneses Polo
Área de Comunicaciones El Colombiano
Foto de portada
Talleristas Prensa Escuela
EL COLOMBIANO
Fotos páginas interiores
Talleristas y coordinadores Prensa Escuela
Ilustraciones
Manuela Correa Upegui

Talleristas 2019
Universidad Pontificia Bolivariana
Facultad de Comunicación Social-Periodismo
Alejandra Márquez Quintero
Ana Isabel Loaiza Molina
Juan Pablo Patiño Osorio
Luisa Fernanda Guiral Cano
Mariana Flórez Palacio
Simón Alberto Hernández Barrera
Tatiana Lozano Jaramillo
Licenciatura en Inglés- Español
Brandon Orielso Ortiz Hernández
Daniel Gómez Vásquez

Universidad de San Buenaventura
Licenciatura en Lengua Castellana
Mariana Acosta Gutiérrez
Juliana Giraldo Orozco
Fundación Ratón de Biblioteca
Maritza Montoya Pérez

Prensa Escuela es uno de los programas de responsabilidad social de EL COLOMBIANO que le aporta a la formación de ciudadanos sensibles y comprometidos con su entorno por medio de la lectura de prensa y la motivación a la escritura desde los géneros periodísticos.

Contribuimos con la formación de lectores con criterio y productores de sentido con responsabilidad.

Un compromiso cada vez más fuerte

Carmen Tulia Cano Álvarez • ***Decana Facultad de Educación*** • ***Universidad de San Buenaventura***

Para la Facultad de Educación de la Universidad de San Buenaventura es motivo de orgullo participar en el Programa Prensa Escuela. La oportunidad de generar procesos reflexivos en los jóvenes del municipio de Medellín y sus alrededores es un compromiso acorde con la misión de la Universidad, pues permite re-pensar procesos sociales y ofrecer espacios pedagógicos para la construcción contextualizada de conocimientos. Además, Prensa Escuela es una vía fecunda para entablar alianzas y fortalecer lazos de trabajo interdisciplinar, ya que paralelamente a la estrategia de El Taller se realizan actividades investigativas.

Es fundamental que asuntos como las relaciones entre comunicación, educación y ciudadanía sean reconocidas por los futuros maestros.

La preocupación de Prensa Escuela por comprender las prácticas de lectura y escritura, como medios para intervenir en la realidad y confrontar patrones nocivos, es compartida por la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana, de allí la apuesta por dicho espacio de formación para los estudiantes, no sólo de los colegios sino también de los docentes en formación.

Es fundamental que asuntos como las relaciones entre comunicación, educación y ciudadanía sean reconocidas por los futuros maestros. Puesto que de la asertividad y empatía que se logren en los procesos educativos depende el éxito de los mismos, a la par, todo aprendizaje se da en un contexto que lo condiciona y le otorga sentido, y cada paso en la formación de un ser humano se enmarca en un ámbito social, en el cual la ciudadanía va más allá de seguir normas y permite no sólo el respeto por el otro, sino valorar la diferencia.

Considero que uno de los aprendizajes más importantes que brinda Prensa Escuela a los jóvenes es promover en ellos la capacidad de proponer alternativas de vida, de convivencia y de aprovechamiento de su entorno, el desarrollo de una postura crítica que no desatiende el bien común es una ganancia valiosa en nuestra sociedad actual. Cuando se reúnen cada viernes, para el intercambio de experiencias, sentimientos y pensamientos se rearma el tejido de su visión del mundo, se amplía la comprensión del otro, y cuando los asistentes componen textos que narran su realidad eso se constituye en sí mismo en un paso para las transformaciones que el país necesita. Las habilidades comunicativas adquieren aquí su merecido protagonismo, ya que como seres sociales requerimos de su fortalecimiento constante.

Debido a que la Universidad de San Buenaventura busca que sus graduados tengan una visión colectiva, comunitaria, a la hora de realizar sus labores, valoramos en gran medida que el Programa afiance la formación de sus participantes; agradezco a Prensa Escuela por la invaluable oportunidad que ofrece■

Prensa Escuela genera integración

José Mario Cano Sampedro • ***Facultad de Educación*** • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Prensa Escuela hace un ejercicio de integración similar al que promulgan las instituciones educativas para las áreas de formación.

Primero, se articulan tres instituciones: El Colombiano, con Prensa Escuela como programa de proyección social, cuyo interés es la formación de lectores con criterio y de ciudadanos que generen contenidos con responsabilidad. La Universidad Pontificia Bolivariana con sus facultades de Comunicación Social y de Educación como respaldo académico a esta iniciativa, desde dos disciplinas que se hermanan para orientar el proceso, y la Universidad de San Buenaventura, que aporta y complementa, también desde lo pedagógico, para el desarrollo de ambos objetivos.

Cada entidad designa un coordinador para orientar los procesos, de tal manera que se les garantice el tiempo para diseñar las estrategias pedagógicas desde los conceptos que guían el Programa, así como para ejecutar toda la logística que se requiere para el desarrollo de los propósitos que se plantean anualmente.

Convocar y conformar el grupo de jóvenes universitarios que asumen la labor como talleristas, es fundamental, pues son ellos quienes guiarán a los jóvenes escolares que participan. Los talleristas son estudiantes de las Facultades de Comunicación Social y de Educación interesados en la formación ciudadana. La metodología de taller que se implementa parte de procesos de lectura, escritura y análisis de la información de actualidad como uno de los elementos que permite comprender la realidad y generar sentimientos de empatía que propicien el respeto por la diversidad.

Los estudiantes de las distintas instituciones educativas de Medellín, tanto públicas, como privadas, que participan en el programa llegan a él por su propio interés, con la intención de complementar y profundizar habilidades comunicativas y competencias ciudadanas. Uno de los elementos de mayor integración se da en la conformación de los grupos, pues todos ellos se combinan para que trabajen con compañeros de diferentes contextos sociales.

La publicación de El Taller, que ahora tiene en sus manos, se hace cada año, desde el 2005 con la intención de divulgar el ejercicio de escritura comprometida que estudiantes y talleristas desarrollan de manera colaborativa a lo largo de las sesiones de trabajo. En estos textos se nota la exploración que hacen los estudiantes de los géneros periodísticos y abarcan todo tipo de temas que reflejan la vida de los participantes.

Ese es el ejercicio que tanto se promueve desde la escuela y que el Programa propicia: la integración de áreas, con el convencimiento de que se logran resultados para el periódico, las universidades, las instituciones educativas, los talleristas, los estudiantes desde esta propuesta de formación en ciudadanía■

Palabras y personas

Sonia Amparo Guerrero Cabrera • ***Coordinadora Convenio Prensa Escuela***
Facultad de Educación • ***Universidad de San Buenaventura***

Esa capacidad única y extraordinaria de hablar, de ser seres de lenguaje, transforma el mundo. Crea un mundo; desde hace mucho tiempo los seres humanos habitamos sólo en el ámbito de las palabras. En ellas está el regocijo supremo de la poesía, la exaltación de la música, la fuerza de la naturaleza, tenemos mil palabras para soñar y para llorar. Por si fuera poco, con las palabras recordamos, curamos y destruimos.

Nuestro español, herencia y patrimonio no alcanza nunca para decir todo, pero nos llena el alma, el corazón y la vida con sonidos, símbolos y sentidos infinitos, vive con nosotros, cambia y nos mantiene unidos. Lo que llamamos conversar era desde antiguo un gran regalo, fuente de conocimiento, de confort y de expectativas, hacer preguntas es nuestra manera de ser, de comprender, según Gadamer; por eso la condición de la palabra humana es crear, aún así al destruir hace cosas nuevas, inclusive para lo oculto tienen modos de ofrecerlo, las palabras no pretenden estar solas sino encadenarse y vincular personas, en compañía son fuertes y decididas.

En los textos podemos oír las voces de antaño, de humanos que contemplaron un mundo tan distinto que llamamos mito a sus historias y filosofía a sus pensamientos. Ahora podemos conversar no sólo con quienes están cerca, sino con aquellos tan lejanos como estrellas y tan luminosos como ellas. Halbwachs dice que la memoria humana es colectiva y creo que las palabras son las responsables cuando se conjuran para contarnos historias; para Barbero contar es una de las palabras más importantes del español, pues cuando los hombres y mujeres abren los ojos necesitan transmitir la belleza de un árbol, la solidez de un edificio, el tono de un pájaro que canta al amanecer. No pueden evitar transformar la avalancha de sensaciones de sus sentidos en claras notas acompasadas, dicen cómo es de fría la lluvia, de terso el pétalo de una flor, de terrible la muerte y cuentan que la calidez de un abrazo puede ser inmensa como una galaxia. Juegan, narran, y así los humanos estamos conectados, por palabras.

"Hablar en español es la maravilla de las maravillas, por su libertad y seducción".

Jaime Jaramillo Escobar

Por eso, cuando amanece en una ciudad rodeada de montañas, en la cual se apiñan en un valle cálido cientos de personas y por tanto millones de palabras, distingo una conjugación en medio del barullo: Prensa Escuela, que son dos palabras que quisieron ir juntas, porque su intención es vincular, caminan desde hace tiempo, pero por supuesto mutando, cada vez que son dichas se alargan, se encojen, brotan como los retoños de una planta; allí otras palabras encuentran un refugio contra el olvido, la avaricia y el temor, acompañan anhelos, reconstruyen emociones, pues leer y escribir son las acciones para re-hacer el mundo.

Quienes decimos esas palabras –Prensa Escuela– sabemos de su acogida y esperanza, nos hacen soñar con nuevos relatos para que las voces no cesen de cantar y así perpetuar las ganas inagotables que tienen las palabras de dar■

Las distancias no son insalvables

Carolina Campuzano Baena • ***Coordinadora Convenio Prensa Escuela***
Facultad de Comunicación social-Periodismo • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Prensa Escuela se ha perfilado como un programa que propende por la formación, una formación que tiene como horizontes una lectura crítica del mundo y también una escritura reflexiva sobre la realidad. Sin embargo, a veces, parece que esto fuera secundario y aunque no se enuncia directamente en los objetivos, lo que pasa cada año en el Programa es que se crean relaciones. Aunque son muy distintas, pues hay unas de amor, unas de amistad, otras de colegaje, estas tienen algo en común: la confianza. No se puede tener una relación de estas si se desconfía en el otro. Y eso lo hemos probado.

Lo primero que sucede cada año y que propicia Prensa Escuela es el encuentro, el acercamiento con otro que, casi siempre es (o parece) abismalmente distinto. En el primer momento, lo que se pone en evidencia en el Programa son las distancias que hay entre talleristas, coordinadores y participantes. A veces se trata de la edad, otras del estrato socioeconómico, algunas de kilómetros entre una institución educativa y otra; las demás de gustos. Cuando nos miramos por primera vez, esto es lo que más destaca. No obstante, en Prensa Escuela se trasciende esa mirada inicial y lo que buscamos los coordinadores es profundizar en lo que nos vincula como humanos.

Antes de hablarles de géneros periodísticos, les preguntan por sus vidas, por los relatos que los configuran.

Así, en una primera etapa, comenzamos acercándonos a los talleristas y propiciando el encuentro entre ellos pues, en la mayoría de los casos, no se han visto aunque incluso pertenezcan a una misma Facultad. Con ellos el objetivo es formar un equipo: colegas que se colaboren, que se compartan ideas y experiencias y que estén para apoyar al que, en algún momento, tenga una dificultad.

Aquí el diálogo es fundamental, pero uno que va más allá de conocer sus capacidades y rigor académico, sino de saber qué lecturas hacen, qué música escuchan, qué objetos y personas son significativos en sus vidas. Luego, los talleristas hacen eso mismo con los estudiantes que llegan a El Taller, antes de hablarles de géneros periodísticos, les preguntan por sus vidas, por los relatos que los configuran. Más adelante, los participantes harán lo mismo: se acercarán a esos otros jóvenes que, en un inicio, son tan extraños, tan distantes. Y detrás de todo esto, lo que se está creando son vínculos entre seres humanos que van derivando en lazos de confianza.

Y este último detalle no es vacuo en cuanto de los objetivos del programa se trata, pues un índice alto de confianza interpersonal es trascendental "en la generación de acuerdos y estos, a su vez, hacen parte fundamental de la construcción de ciudadanía", como se plantea en el Informe de Cultura Ciudadana de Medellín 2017. Incluso en una ciudad como la nuestra esto cobra aún más relevancia en la medida en que "en una sociedad en la que impera la desconfianza pueden surgir y ser ampliamente aceptadas instituciones extralegales que ofrecen protección o seguridad".

Por todo lo anterior es que este año es clave destacar ese logro implícito del programa: el propiciar el encuentro entre los que son distintos para que estos construyan vínculos que se traduzcan luego en una confianza que permita generar acuerdos para cooperar, esto como uno de los vehículos para la consolidación de una ciudadanía que muestre que las distancias no son insalvables y que permita generar una mejor sociedad, que es uno de los objetivos fundamentales de Prensa Escuela■

Las palabras de la familia, las palabras del maestro: lo básico en la formación

Guillermo Echeverri Jiménez • ***Decano Escuela de Educación y Pedagogía*** • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Se insiste: la base de la formación de una persona está en la familia y en la escuela. Esta afirmación tiene que ser matizada: la hegemonía formativa de la escuela y los componentes educativos de la familia han entrado en disputa con otros referentes culturales. Es imposible que la escuela y la familia se abstraigan de medios y mediaciones productores de información y saberes. Los influjos de la televisión, del cine, de las redes sociales y de los referentes expuestos por los mass media son una marca identitaria.

Defensores a ultranza de la familia y de la escuela salen, lanza en ristre, contra todo lo que se considere ajeno a los valores canónicos de lo familiar y de lo escolar. Y entonces se levantan voces contra los medios, contra algunos artistas, contra deportistas que exhiben sus lujos, etcétera. Aun cuando los reclamos puedan ser válidos y justifiquen alguna indignación, no es menos cierto que ahí no radica el problema.

Las palabras del maestro acogen y dan comprensión para la formación ciudadana: familia ampliada.

El problema radica en las bases educativas que sirven de referente en la familia y en la escuela, de un lado, y en la articulación entre una y otra, del otro. Es imprescindible, más que el reclamo y la indignación general, construir en los escenarios familiares y escolares las palabras para la acogida, la comprensión, la argumentación juiciosa, y el debate respetuoso. Estas palabras son una base familiar y un afinamiento escolar.

El amor filial y la comprensión se suelen confundir con cierta melosidad y aceptación irrestricta hacia quien pertenece a la familia, pero con ello se desconoce que la acogida y la comprensión tienen que ver con quien es diferente, con quien no es de la familia, con quien está en la diferencia, y hasta en la contradicción. Parece necesario que la familia acoja y comprenda, pero que lo haga en el marco de la argumentación y del debate.

La argumentación y el debate no parecieran ser asunto de la familia, seguramente por la idea de que en la familia el amor irrestricto y la comprensión sin medida tienen que primar; sin embargo, es menester que la acogida y la comprensión se entiendan con argumentos y con el debate respetuoso. Así, las palabras del maestro pueden afinar y fortalecer las palabras que la familia ha entregado como base. Esto es lo fundamental de la articulación.

Las palabras del maestro acogen y dan comprensión para la formación ciudadana: familia ampliada. Asimismo, estas palabras fortalecen los argumentos y el debate; aquí son indispensables la lectura, la exposición oral de los argumentos y la escritura: puente entre la familia y la escuela. En este marco se halla el programa Prensa Escuela, con la participación de El Colombiano y la Facultad de Educación de la UPB: articular desde el ejercicio del medio de comunicación y la formadora de maestros el vínculo para que lo básico de la educación se dé y permita los avances ulteriores■

Prensa Escuela: Un aporte en los proyectos de vida de los jóvenes

María Victoria Pabón Montealegre • ***Directora Facultad Comunicación Social - Periodismo*** • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Cumplimos 25 años del Programa Prensa Escuela y desde la Facultad de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana vemos como esta iniciativa deja huella en distintas generaciones de egresados.

El programa nace desde una perspectiva de responsabilidad social para fortalecer las competencias de lectura y escritura de los estudiantes de diferentes instituciones educativas del Valle de Aburrá, a la vez que forma en temas de ciudadanía, inclusión y concertación. Pero, además, Prensa Escuela contribuye a orientar las vocaciones e intereses de sus jóvenes participantes para encaminarse a estudios profesionales.

Los participantes acuden semanalmente a los talleres que se realizan en el campus universitario, y desde ese momento se despierta en los jóvenes el hábito por hacerse preguntas por lo que pasa en su contexto, la necesidad de encontrar soluciones consensuadas entre diversos actores sociales, o la imperiosa demanda de hacer visibles los temas que ameritan la discusión para lograr cambios en la comunidad. Todo esto los hace sensibles y afines a lo social, a la investigación y a querer aprender más para poder aportar en el futuro. Es entonces, como el programa se convierte en un ejercicio importante para que los chicos reflexionen sobre sus proyectos de vida y se descubran en la educación superior.

Algunos de nuestros estudiantes, durante su proceso de admisión al pregrado de Comunicación Social - Periodismo, resaltaron que fueron participantes de Prensa Escuela en su colegio y que el paso por el programa influyó en su decisión de estudiar esta carrera. Lo mismo pasa en Trabajo Social, Medicina o en otros programas de la universidad. En ellos se nota una impronta que les dejó el programa, desde el desarrollo de sus competencias de lectura y escritura, hasta en la forma como conciben la vida en sus comunidades y el rol ciudadano que ejercen.

Y es así como luego de egresar de nuestro pregrado continúan aportando, desde diferentes organizaciones, tales como: bibliotecas públicas, Oeneges, medios de comunicación, asociaciones o empresas privadas, o se quedan en la academia, pero todos siguen con el foco puesto en lo social. Poco a poco se convirtieron en un agente de cambio.

Cuando revisamos los nombres de quienes fueron parte de la historia de estos veinticinco años, podemos decir con orgullo que se nota la huella que Prensa Escuela dejó en nuestros jóvenes y por eso nos comprometemos cada día más con el programa, porque vemos que es un gran aporte y compromiso para formar ciudadanos comprometidos, alegres, líderes y visionarios■

Escribir para hacer magia

Ana Isabel Gómez Molina • ***Facultad de Comunicación Social - Periodismo***
Universidad Pontificia Bolivariana

Pocos son conscientes de lo mágico que es el acto de escribir. Ya sea en el teclado del celular y en la pantalla del computador de los modernos, en la máquina de escribir de los nostálgicos o en el papel de quienes creen que los clásicos nunca mueren. En cualquiera de estos medios se van formando palabras tan rápido como se van pensando; ¿cuánto tarda una persona en pensar una palabra cuando se conversa sobre amor, desamor, amistad o las aventuras del día a día?

Cuando conversamos, de lo que sea, las palabras parecen siempre estar ahí. Es la disposición que se les da lo que las puede transformar. Las palabras pueden ser discursos poderosos, confesiones sinceras, chistes sin sentido, declaraciones de amor. Con las palabras se puede conocer, aventurar y descubrir nuevas cosas, nuevas personas e incluso nuevas palabras.

Se escribe, entonces, para ser conscientes de su magia, peso y poder. Es cuando se escribe que el mundo de las ideas, que pareciera ser un campo de estrellas fugaces, toma formas maravillosas: cuadrados y espirales, triángulos y líneas abstractas, círculos y pequeñas curvas con puntos de encuentro. Si se unen todas las formas quedan patrones únicos que generan tejidos inesperados, porque escribir también es tejer. Una palabra: una puntada, una frase: la unión de varias, un párrafo: un cuadro tejido, un texto: una pequeña colcha de retazos. Va en la colcha lo que se sabe, lo que se escucha, lo que se lee, lo que se entiende. La colcha de cada quién muestra cómo ha leído el mundo y cómo ha logrado interiorizar su mundo.

Cuando conversamos, de lo que sea, las palabras parecen siempre estar ahí. Es la disposición que se les da lo que las puede transformar.

Con la unión de varias colchas se va consolidando nuestra cultura. No es una gran colcha individual y uniforme, es la suma de un montón, con cuadros tejidos de todos los tamaños, texturas y colores; algunos tienen inclusive remiendos que la conforman tal y como son.

En Prensa Escuela se tiene la oportunidad de mirar de cerca a una pequeña parte de la gran colcha. Mi experiencia como tallerista me permitió darme cuenta de que las historias y las vidas de todas las personas son significativas, son uno de los recuadros que hace parte de un tejido cada vez más grande y cargado de sentidos.

Historias de voceadores de prensa en los 80, de taxistas conocedores de ciencias sociales, de un chico transexual que busca afrontar el día a día con la mejor cara en defensa de la diversidad, de viajes transformadores, de grandes referentes en los barrios de los contextos cercanos de los participantes de El Taller. Todo se consolida como parte de la colcha. Conversarlo también es importante, pero escribirlo hace que sean cuadros fuertes para que otras personas puedan ver y evidenciar un tejido como el suyo que cuenta y trasciende cuando se pone en común.

Sentí la magia en mí cuando comprobé la frase de Eduardo Galeano cuando dice que, si bien estamos hechos de átomos, él cree que estamos hechos de historias. Hoy me siento afortunada de conocer más historias, de que se ampliara mi mirada y de acompañar el proceso en el que varias anécdotas tomaron forma de historias, como si se tratara de magia■

La primera vez que me dijeron “profe”

Tatiana Lozano Jaramillo • ***Facultad de Comunicación Social - Periodismo*** • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Llegué a Prensa Escuela muy confiada. A pesar de que estudio Comunicación Social y Periodismo, desde temprano en mi carrera descubrí una pasión por la comunicación y educación. Eso me llevó a pensar que sabía mucho sobre educación solo porque llevaba años leyendo a Freire, a Martín-Barbero y a Kaplún. Creía que toda la teoría que había recogido a lo largo de mi paso por la Universidad iba a ser suficiente para enfrentarme a los talleres. No lo fue.

Quise ser una guía, una orientadora, alguien que pregunta en vez de dar respuestas. Alguien que, en vez de solo enseñar, aprendiera junto a ellos.

Definitivamente no estaba preparada para lo difícil que fue, en algunas ocasiones, lograr que un grupo de adolescentes de diferentes edades, colegios y contextos sociales estuvieran atentos y conectados con todas las actividades del taller. Tuve que acostumbrarme, lentamente, a que las cosas casi nunca salieran como las había planeado. Llevé al límite mis capacidades de adaptación y trabajo bajo presión. Fueron varios los viernes, sobre todo al principio, en los que salí frustrada, sintiendo que tal vez pudimos haber hecho las cosas diferentes para que los chicos aprendieran y disfrutaran más.

Pero no estaba preparada tampoco para lo emocionante y gratificante que fue este proceso. Aunque antiguos talleristas ya me habían contado acerca de lo felices que habían sido en Prensa Escuela, no imaginé que fuera a vivir tantos momentos tan bonitos y llenos de alegría. Jamás olvidaré, por ejemplo, la primera vez que me dijeron ‘profe’. Fue Luisa quien, al final del segundo taller, se me acercó mientras estaba borrando el tablero, me tocó el hombro y me dijo “profe, ¿puedes revisar esto que escribí?”. En ese momento sentí el corazón más grande. Desde hacía tiempo me había proyectado a, eventualmente, ser docente. Pero lo veía como un sueño lejano, algo para lo que aún tendría que estudiar muchísimo y lograr cierto recorrido académico. Y, aun así, sin pretensiones de serlo, los chicos me comenzaron a ver como una profe.

Entonces me propuse ser el tipo de ‘profe’ que a mí me habría gustado tener en un proyecto como Prensa Escuela cuando tenía su edad. No una autoridad, ni alguien que impusiera el conocimiento o dictara verdades absolutas. Todo lo contrario. Quise ser una guía, una orientadora, alguien que pregunta en vez de dar respuestas. Alguien que, en vez de solo enseñar, aprendiera junto a ellos. Ahora, viendo en perspectiva todo el camino que recorrimos juntos, me siento satisfecha con la labor realizada.

No sé si fui la ‘profe’ que ellos querían o buscaban. Lo que sí sé es que los jóvenes que recibí en abril no son los mismos de quienes hoy me despido. Más allá de las habilidades de escritura que desarrollaron o fortalecieron en los talleres, siento que son personas más sensibles, más críticas, que ahora son capaces de reconocer su entorno y su realidad desde una perspectiva más amplia y sin prejuicios. Sentir que tuve algo que ver en este proceso, aunque sea solo un poco, es lo más valioso que me llevo.

A todos ustedes, entonces, les quiero dar las gracias. Gracias porque ahora yo tampoco soy la misma que conocieron aquel viernes de abril■

Yo soy vos, mamá

Simón Hernández Barrera • ***Facultad de Comunicación Social - Periodismo***
Universidad Pontificia Bolivariana

"Te juro que con lo que acabas de hacer hoy esa niña no será la misma", me dijo un hombre que se encontraba leyendo en el asiento de uno de los pasillos del bloque nueve, tras entregarle uno de mis últimos libros a Luisa. Era el último taller con mis chicos de Prensa Escuela y hasta hace unas horas todo parecía estar de cabeza. Y sí, aún sigo diciendo: mi taller, mis chicos, a pesar de la observación que recibí de los coordinadores al inicio del programa cuando me preguntaron cómo iba la relación con mi compañera de trabajo Jimena. "¿No crees que eres un poco controlador?, cuando te refieres a los participantes del taller sueles decir 'mis chicos', en lugar de 'nuestros". Carolina tenía razón, suelo ser un poco controlador, pero tanto Jimena como yo teníamos que asumir primero el grupo como algo propio para después hacerlo nuestro.

Conforme se fue desarrollando Prensa Escuela, la mención del nombre de los chicos se volvía más frecuente en mi hogar y junto a mi mamá nos poníamos a discutir sobre cada uno ellos. Ella me hablaba de las experiencias con los suyos y yo le contaba sobre los encuentros con los míos, para entonces ya no tenía que decir "nuestros" porque mi pareja de trabajo tuvo que abandonar el barco al inicio del proceso. Cuando supe que Jimena tenía que marcharse me estremeció un poco la idea de continuar navegando solo, ¿lograría mantenerlos a todos a flote?, ¿Quién estaría ahí para lanzarme un salvavidas cuando me estuviera ahogando?, las respuestas las encontré en la admiración que fui desarrollando por las dos Marianas, un par de talleristas que también habían asumido el reto solas. Al igual que ellas encontré la salida a mis miedos conforme fue bajando la marea, así que, a la final, sin querer, le gané la partida a Carolina, pues convertirme en el único responsable del timón me llenó de valentía para volver a decir: mi taller, mis chicos, mi barco.

Nancy Elena, mi mamá, ha dedicado gran parte de su vida al cuidado y a la enseñanza de los niños. Al cumplir doce años, influenciada por la figura de maestro que tenía en su escuela, descubrió que quería ser monja, pues creía que era el único camino para cumplir con su anhelo de educar. Sus planes no salieron como quería, puesto que, sus padres se opusieron. Sin embargo, años después se convirtió en madre comunitaria y desde entonces no ha parado de enseñar y de amar.

De Nancy Elena, quien en realidad solo se llama Nancy, lo he aprendido casi todo. Le digo así porque detesta que le cambie el nombre, pero ha sido mi desquite desde pequeño para cobrarle el chistecito de elegir uno compuesto para mí, y aunque su gusto para nombrar bebés es cuestionable, su talento para enseñar no lo es. La paciencia que ha tenido con todos los niños que han pasado por sus manos es excepcional, incluso tuvo a su cuidado durante años a mis primos cuando sacaban bajos resultados académicos, pues según mis tías, nuestro hogar siempre ha sido la mejor escuela.

Las estrategias de mamá siempre fueron mi camino de acción para trabajar en el taller y hasta el último encuentro me sirvieron sus consejos.

Las estrategias de mamá siempre fueron mi camino de acción para trabajar en el taller y hasta el último encuentro me sirvieron sus consejos. De niño soñé con ser escritor, así que con ayuda de mi papá me inicié en el mundo extraordinario de la lectura. Mensualmente tenía una lista de libros para él y lo esperaba hasta media noche para recibirlo con su bolsa cargada de nuevas historias. Poco a poco fui acumulando libros para materializar con los años el sueño que tracé mientras los leía: formar una gran biblioteca con todas las lecturas que hubiera hecho en mi vida.

Mamá con el tiempo fue desistiendo de la idea, pues insistía en que debía compartir lo que ya conocía y mantener los libros conmigo era cerrar la oportunidad de asombrar a alguien más con una historia. Yo por mi parte siempre mostré resistencia a su posición y sacaba la excusa que no encontraba un lugar indicado para destinar el tesoro que había coleccionado con mi papá.

Pero como la fortuna que no se comparte no se disfruta, me llegó el momento de desprenderme de la mía. Se aproximaba el último taller con los chicos y yo estaba en busca del detalle perfecto para ellos. Después de mucho meditarlo supe que solo había una cosa en el mundo que nos mantendría unidos por siempre: las historias.

Debo reconocer que no fue un proceso fácil y hasta el último minuto me costó hacerlo. Sin embargo, decidí confiar a cada uno de los niños uno de mis tesoros que, a mi forma de ver, los representaba. Minutos previos a la entrega, le pedí a Clara, una de mis mejores amigas y cómplice en todas mis jugadas, que me ayudara a empacar los libros en bolsas de regalo, lo cual resultó todo un reto debido al poco tiempo con el que contábamos, pues si al principio no tenía ni idea qué hacer durante dos horas en un taller, después aprendí que con todas las actividades que hay por desarrollar, dos horas acaban siendo nada. Corrimos de aquí para allá por el pasillo del tercer piso del bloque nueve, perturbando algunas de las actividades de las personas que se encontraban alrededor. Cortamos. Envolvimos. Pegamos.

Al entregar la última de mis joyas supe que el hombre del pasillo tenía razón. Tanto Luisa como los otros chicos ya no serían los mismos, pero yo tampoco lo sería.

Fue hasta ese momento que entendí que yo era mi madre. Sus lecciones, sus sueños, sus deseos no solo se habían materializado en la labor con sus niños, también se encontraban en partes de mí que había tomado de ella. Aunque mamá no pudo ser monja y quizá ahora yo no podré crear una gran biblioteca, ambos llevamos dentro algo mucho mejor, el conjunto de piezas que los chicos han tomado de nosotros y las partes de ellos que han dejado■

Cara a cara

Mariana Acosta Gutiérrez • ***Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana*** • ***Universidad de San Buenaventura***

Eso de tener buena memoria nunca ha sido lo mío, pero la tarde del 12 de abril jamás pasará al olvido. ¿Todo listo? ¿Se me queda algo? Comencé a caminar hasta la estación Tricentenario del Metro pensando sin orden alguno en todos los elementos que, posiblemente, había olvidado en casa por los nervios de no saber cuál era ese grupito de jóvenes con el que pasaría tantos viernes.

¿Cuántas personas transitan por la ciudad al medio día? Me pregunté un poco desesperada. El calor era bochornoso, el vagón del Metro estaba repleto y mi bolso un tanto pesado. Resoplé y me esforcé para poner una mejor cara, ¿al fin y al cabo qué era lo más malo que podía pasarme? Pensé. Así que miré por la ventana cómo la rapidez del transporte masivo me permitía echarle un vistazo a esa ciudad que a veces se viste de fiesta, pero que otras veces se cubre de dolor: vi turistas por el Parque Explora, los habitantes de calle bajo el puente de Prado eran incontables, los vendedores ambulantes por San Antonio ocupaban todas las callejuelas, los deportistas recorrían agitados las afueras del Estadio y la tallerista caminaba con las rodillas temblorosas por la 70.

Sí, estaba nerviosa, lo acepto. Por más que intentara distraerme con el transcurrir cotidiano de la ciudad no paraba de pensar en lo que se avecinaba aquella tarde. Lo desconocido suele generar en mí un gran terror. Por eso, los audífonos, con Soda Stereo cantando En la ciudad de la furia a todo volumen, fueron mi gran aliado hasta llegar al auditorio donde sería el cara a cara: doce jóvenes de diversas partes de la ciudad frente a una tallerista inexperta que había preparado una a una las primeras palabras que les diría al verlos, y de eso el espejo de su casa era testigo, pero nada había funcionado, pues al estar junto a ellos su mente se tornó vacía y todo fue olvidado.

Mi cuerpo se esforzaba por no entrar en pánico, pero las preguntas no cesaban, era como si bailotearan en mi cabeza y se rieran al compás de mis pasos. ¡Por fin llegamos al salón!, dijo una voz en mi interior que no pretendía ser descubierta por el resto. Mis ojos solo podían observar doce adolescentes preocupantemente juiciosos que me miraban fijamente como quien piensa: "¡Mira, es un bicho raro!".

"¿Qué vamos a hacer acá? ¿Cuándo comenzaremos a escribir? ¿Podemos dar nuestra opinión sin problema alguno? ¿Puedo hablar sobre mi territorio?" Eran los interrogantes que yo anhelaba escuchar, pero lo único que resonó en la sala fue un silencio, un silencio ensordecedor que pocas veces era interrumpido por el sonido de la respiración, por alguna palabra extraña o por cualquier tontería que saliera de mis labios solo con la intención de verlos sonreír.

Los malabares que hice aquella tarde no sirvieron de mucho. Ese había sido mi primer taller: una bienvenida poco conversada, la mirada tímida de doce jóvenes y las ansias locas de una novata por estar en cama, un viernes en la noche, pensando qué hacer en el siguiente encuentro para que esa inmensa pared de hielo se fuera derritiendo.

A veces dudo en seguir escribiendo. ¿Qué pensarán mis chicos si llegan a leerme? ¿Creerán todo lo que pasaba en mí aquella tarde que nos vimos por primera vez? Siento que en este momento me dirían con voz templada y ojos serios: "Mariana, ¿es en serio?" y nos echaríamos a reír como quien no puede creerlo. Ahora somos más cómplices y, con el paso de las horas, hemos aprendido a querernos. Ahora, a las despedidas, las precede un abrazo y a los saludos los acompaña una mirada que, aún tímida, está repleta de esperanza. Ahora, el cara a cara que se inició el 12 de abril, es totalmente diferente: ya no son doce jóvenes contra una tallerista, sino trece personas tomadas de la mano confrontando una realidad, muchas veces indolente.

Para todos, incluso para mí, es complejo adaptarse a las dinámicas de Prensa Escuela porque acá no le apostamos a lo convencional. Acá preferimos escuchar las voces que muchas veces han sido silenciadas en un aula de clase. Acá los cuadernos son testigos de todas las historias que los jóvenes del Valle de Aburrá tienen para contar. Acá todos nos unimos para leer, leernos y comprendernos. Sí, así terminado en "nos" porque Milet, Yerlín, Santiago, Gabriela, Miguel, Valentina, Sarai, Kelly, Wendy, Ximena, Tomás y Valeria han permitido que, durante este año, nos hayamos escrito, borrado, vuelto a escribir, y narrado■

Percibir la vida y la ciudad de diferentes colores

Luisa Fernanda Guiral Cano • ***Facultad de Comunicación Social y Periodismo*** • ***Universidad Pontificia Bolivariana***

Dar vueltas en la cama, soñar con todas las posibilidades, despertar varias veces durante la noche y una intranquilidad que no se puede evitar. Esta ansiedad se apodera de mí cada vez que estoy a punto de asumir un reto o de conocer algo nuevo, así me sentí el día antes de orientar el primer taller de Prensa Escuela. Este tipo de responsabilidades no son fáciles, implica asumir un rol que te puede llevar por caminos desconocidos donde no vale lo que esté escrito en la regla, y que deja como resultado los mejores aprendizajes posibles.

Prensa Escuela abre las puertas a descubrir nuevos mundos que están al interior de cada participante, que demuestran que la ciudad y su cotidianidad pueden ser vividas y concebidas de cientos de maneras, sabores y colores diferentes. La diversidad es una característica inherente al Programa, cada estudiante es único desde su contexto, edad y punto de vista sobre lo que ocurre a su alrededor. Precisamente, esa pluralidad representaba para mí el mayor reto, porque pensaba en lo complejo que sería lograr que chicos tan diversos pudieran entenderse, pero, para mi sorpresa, esa multiplicidad fue la que hizo posible los tantos debates y discusiones profundas que permitieron la construcción de un aprendizaje mutuo, en el que mi papel de tallerista fue el de una guía y una participante más.

Mi paso por Prensa Escuela, aquello que esperé desde que estaba en primer semestre, hizo transformar mi mirada del mundo.

El poder de las palabras es el elemento que aglutina a todos los que participamos en El Taller, el hecho de narrar y leer una gran variedad de historias en las que están plasmadas nuestra realidad, es lo que nos motiva a creer que a través de la unión de simples letras podemos hacer pequeños cambios en nuestro entorno. La empatía, ser conscientes de que existe otro del cual podemos aprender y que tiene mucho por ofrecer es uno de los principales componentes de la ciudadanía, temática central de Prensa Escuela. Ser ciudadanos es un rol que se construye cada día y que se debe fortalecer para hacer de la ciudad un lugar mejor, no obstante las dificultades que se presentan día a día.

Cada viernes, al reunirnos, hablamos y tuvimos en cuenta al otro, aquel que era ajeno a nosotros, pero con algo en común: el territorio donde vivimos. Aceptar y reconocer esa alteridad es uno de los grandes retos y logros de El Taller.

Para hacer posible un ejercicio de ciudadanía, los chicos y yo aprendimos que la clave está en compartir y en entender las diferencias para dejar atrás los prejuicios. Cuando se ve que existen tantas historias difíciles de digerir, pero que dejan tanto para pensar, es el momento en el que se entiende que las palabras remueven algo dentro de quien las lee y las escribe. En ese preciso instante surge la necesidad y la ilusión de narrar ese mundo que puede parecer tan gris, de una forma donde existen diferentes tonos y sensaciones que hacen de la cotidianidad un lugar distinto. Se intenta hacer ver la rutina de manera mágica y maravillosa.

Las reuniones los viernes eran los momentos perfectos en que todos nos enfrentábamos a nuestros miedos: el temor a hablar, a ser escuchados, observados, juzgados y a estar justo frente a nuestra realidad. Pero, minutos después dejábamos atrás las inseguridades y empezabamos a creer en nosotros, en lo que hacíamos. En este proceso se dio un apoyo colectivo, en el que mis estudiantes me daban la confianza de intentar transmitir conocimiento y yo les entregaba la pequeña, pero significativa, motivación a lanzarse a conocer y hacer cosas nuevas. Fue un tema de asumir riesgos y de crecimiento mutuo: aprendimos a tirarnos al agua dejando el miedo a un lado

Mi paso por Prensa Escuela, aquello que esperé desde que estaba en primer semestre, hizo transformar mi mirada del mundo. De este Programa sale una persona diferente a la que entró en enero, que aprendió y creció por montones. Una mujer que construyó en sí la esperanza de creer en cambiar la realidad a través de las palabras y de la educación.

El Taller me regaló muchos amigos que hicieron de mis viernes momentos muy emocionantes. Me dio una gran compañera y confidente, Ana Isabel Gómez, con quien emprendí este camino que dejó en mí huellas imborrables. Y, claro, me dio la oportunidad de conocer a mis estudiantes, quienes me hicieron chocar contra mi realidad, me enseñaron en poco tiempo mucho más que varios profesores de la universidad y me hicieron sentir feliz y orgullosa. A todos ellos y a El Taller muchas gracias por hacer posible una de las mejores experiencias que he podido vivir■

Cuarenta minutos para recorrer el globo terráqueo

Manuela Pulgarín Rodríguez • ***I.E. Benedikta Zur Nieden Itagüí*** • ***Grado décimo***
Talleristas: ***Tatiana Lozano Jaramillo*** • ***Brandon Ortiz Hernández***

Descendimos del bus de la estación del Metro Ayurá con destino a la estación Bello, al otro lado de la ciudad, un sábado soleado de julio. Mi mamá, con su bolso, y yo, con mi mochila roja pesada, habíamos decidido ir a visitar a los abuelos, sin sospechar el interesante recorrido que nos esperaba.

Al bajar, una nube espesa de humo negro nos bañó por completo. Subiendo las escaleras de la estación dos personas nos ofrecieron el producto de su trabajo. La primera, un hombre, al que le calculo no más de 40 años, sonriente y vivaz, dejaba a la mirada del caminante unos lustres aguacates verdes mientras con un cuchillo los cortaba y dejaba ver la carne fosforescente de la fruta; la segunda, una mujer de aproximadamente la misma edad, que llevaba puesta una gorra blanca, sentada a no más de un metro de distancia del primer ventero, ofrecía el dulce exótico hispanoamericano: la famosa gelatina de pata, expuesta en una canasta roja muy higiénica. Se me hizo agua la boca de tan solo pensar en ese manjar cubierto de fécula de maíz. A nuestro paso por el puente sobre el río Medellín avanzaban también una multitud de personas uniformadas, enfermeros, estudiantes, grupos de jóvenes y madres con sus hijos. A todos nos pegaba con estridencia el tórrido sol del mediodía.

A las doce y veintitrés minutos abordamos el metro. Nos tocó de pie junto a la puerta en el tercer vagón. El impulso del arranque me hizo empujar a varias personas que iban junto a mí. Lo primero que observé, no sé por qué, fueron los zapatos ajenos, y es que había mucha variedad: zapatos algo elegantes, de cuero y charol, tenis pintorescos, como los famosos Nike y Adidas y todo tipo de sandalias, altas, brillantes y otras artesanales en los pies femeninos. Oí que una señora sentada dos puestos lejos de mí se quejaba porque no le cedieron un asiento a una mujer que entró en la estación Aguacatala agarrando de la mano a un niño pequeño de no más de 6 años, así que se puso de pie y le hizo señas para que se sentara: "Venga siéntase acá", mencionó a la vez que la mujer decía un "muchas gracias" y sentaba al niño de hermosos risos rojos.

Unas estaciones más tarde pude sentarme para continuar con mi recorrido visual. Los bolsos, también observé los bolsos: manos libres, grandes y pequeños, que parecían algo pesados y estorbosos. También observé las manos, las traviesas manos de los pasajeros que nunca parecen quedarse quietas, que siempre tienen que tocar algo, ya sea los bolsillos de los bluyines, la barra metálica del Metro o la pantalla del teléfono móvil. Por último, pero no menos importante: las caras, con las que se podría hacer un enorme collage, con todos esos rasgos: caras canela, caras chocolate, caras pálidas; narices grandes, pequeñas; ojos oscuros, otros escasamente claros; labios rojos, labios rosas, labios cafés; miradas fugaces, miradas reflexivas, concentración en el celular, en la nada, expresiones tristes. Unas caras lucían ya cansadas porque regresaban del trabajo, otras despiertas porque apenas se dirigían hacia él.

Miradas fugaces, miradas reflexivas, concentración en el celular, en la nada, expresiones tristes. Unas caras lucían ya cansadas porque regresaban del trabajo, otras despiertas porque apenas se dirigían hacia él.

En la estación Poblado se desocupó un asiento para mi mamá, al mismo tiempo se montaron dos norteamericanos que no tardaron en obtener toda la atención de las miradas alrededor. Con sus sandalias y zapatos de montaña, sus cabellos castaños casi dorados, su look informal y suelto y su inglés fluido, señalaban a la ventana mientras hablaban a todo volumen, como si estuvieran solos.

En la estación Exposiciones entró un grupo de tres estudiantes que inmediatamente le subieron aun más el volumen al viaje, convirtiéndolo en una barahúnda; ellos –dos muchachas y un joven- venían tan emocionados que tuve tiempo de imaginar cómo sería la vida en la universidad. Y así sucesivamente, entre ir y venir, el Metro fue renovando sus pasajeros en cada parada, dejando entrar gran cantidad de personas, niños, jóvenes y adultos de toda clase, con sus "menajes".

Durante todo el recorrido, junto a la ventana, observándola, impasible, mirando a la trastienda, analizando el paisaje callado, estuvo un pelao' de ropa negra y audífonos en sus orejas.

Pasados 35 minutos, en la estación Bello, el Metro se sintió por fin vacuo. Nos bajamos y la brisa nos refrescó el rostro. Al bajar las escaleras de la estación, que está sobre la antigua estación del tren Bellanita, a 'grito herido' los venteros, que eran mucho más de los que había en la estación Ayurá, anunciaban sus mangos, aguacates, piñas oro miel, obleas, solteritas, tarjetas para el celular, libros y los destinos de los buses allí parqueados. Mi madre y yo tomamos el bus de la Cumbre-Carmelo, se subió un ciudadano venezolano y nos ofreció "unas deliciosas galletas rellenas de arequipe", que le compramos para calmarnos el hambre.

El calor no cesaba. Por el contrario, solo parecía acrecentarse más. Le comenté a mi madre lo interesante que resultaba tener este tipo de causalidades y entonces empezamos a hablar de las veces en que habíamos viajado y nos encontramos a todo tipo de ciudadanos del mundo: nuestros paisanos, argentinos, uruguayos, mexicanos, norteamericanos, y hasta asiáticos, pero también a varias personas con discapacidad, no solo en el Metro, sino durante todo el recorrido. Y es que quien viaja por este medio se da cuenta de que unos minutos bastan para encontrarse al mundo reunido en un mismo sitio de intercambio y goce cultural que desfigura y al mismo tiempo unifica la ciudad, donde se practica la ciudadanía y el respeto, el encuentro con el otro■

Monólogo sobre el azul en movimiento

Manuela Valencia Gómez • ***I.E. Hernán Toro Agudelo*** • ***Grado octavo***
Tallerista: ***Carolina Campuzano Baena***

Dicen que el universo se creó por el Big Bang, dicen muchas cosas. Teorías no comprobadas. ¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo es que seguimos vivos? Me gusta mirar hacia arriba y hacerme esas preguntas. ¿Será que estamos solos en el universo? No creo.

Quisiera estudiar astronomía y resolver esas preguntas pues aún no sabemos lo que hay en lo profundo del espacio ni del mar. Será que lo que me gusta realmente es el azul, por eso llevo mi cabello de ese color. Me gusta por el cielo, por el mar. Quisiera poder acostarme y mirar las estrellas y observar cómo pasan las nubes, pero en la ciudad esto casi no se puede por la contaminación.

Solo sé que para explorar lo desconocido no necesito ningún alucinógeno. Debemos conocer más, ir más allá de lo que vemos, no juzgar sin conocer. Por ejemplo, a veces vemos un libro pero no nos preguntamos ¿qué sentía el que lo escribió?, ¿por qué lo hizo? Todos deberíamos ser exploradores, conocer los lugares y su historia para no dejarnos llevar por lo que otros dicen que seamos o hagamos. Uno puede decidir por uno mismo.

Por eso me gusta caminar, porque siento que así conozco más cosas, debe ser porque mi familia es de un pueblo, de Cocorná, y allá en las veredas se camina mucho. También debe ser porque en mi familia siempre hemos estado en movimiento.

Movimientos

Hace muchos años mi familia vivía en ese municipio de Antioquia, en la vereda La Piñuela, para ser exactos, que es muy conocida por los charcos y sus grandes historias, así como por toda la violencia que allí se vivió, donde a las personas las atacaban con armas blancas y bombas y donde se llevaban a la gente. Por eso es que mi madre y mi tía se vinieron para Medellín a buscar mejores oportunidades. En la ciudad vivieron un tiempo en un barrio un poco peligroso, Caicedo. Recuerdo que una vez jugaba muñecas en la acera con una vecina, yo estaba con mi peluche favorito, el Señor Barbudo, y justo ahí empezó una balacera; unos policías pasaron y nos dijeron que nos entráramos pues en esas pasó una bala muy cerca de nosotras. A pesar de eso, a mí me encantaba vivir allí porque en ese lugar pasé mi niñez y conocí mis amigos. Y aunque era feliz, nos tuvimos que ir ya que sobre la casa quedaba una ladera que se vino abajo después de un día de fuertes lluvias. Así empezó otro de los muchos movimientos que tendríamos, pues meses después de estar en otra casa, cerca a la de Caicedo, a mi hermano lo amenazaron y debimos pasarnos a otra Comuna.

Todo era otra vez normal, estábamos viviendo en una casa, en la comuna 3, cerca de donde vivía mi tía, pero el día que celebrábamos mi cumpleaños, un 28 de noviembre en la noche, cayó un volador sobre la casa y explotó. Menos mal a nadie le pasó nada. Recuerdo ese día porque ese hecho salió en las noticias, en Caracol. Y también lo recuerdo porque nos tuvimos que mover otra vez hacia otra casa que solo tenía una pieza, una cocina y un baño, pero allí nada se quedó quieto, la casa se quemó y aunque casi no teníamos cosas, igual tuvimos que dejarla.

Ahora estamos en una nueva casa en Manrique Central y cada que me muevo no es para cambiarme de casa, sino para visitar otros lugares, por ejemplo, el Jardín Botánico o el Parque de los Deseos, pues me gusta su calma, observar la gente que va a leer algún libro, ver cómo los niños juegan en la arena, los adultos se ponen a conversar y las parejas se recuestan mientras otros juegan a escuchar el eco de la luna que hay allí. Mientras yo escucho música bajito (The toxicity of our city, of our city...) hay quienes bailan o rapean o poguean. Así se me va el tiempo, cuando me doy cuenta ya es tarde para devolverme a la casa y cuando llego me regañan, por eso es que no siempre me dejan salir y hay otros días en los que me quedo viendo alguna serie de magia y misterio.

Yo sé, por más que uno conozca, nunca dejará de conocer y todos los movimientos que ha tenido mi familia han sido para escapar de la muerte, para mantenernos vivos. Con el movimiento, vivimos■

Como todos los días

Sara Milet Vargas Ocampo • ***I.E. Presbítero Antonio José Bernal*** • ***Grado undécimo***
Tallerista: ***Mariana Acosta Gutiérrez***

Metro de Medellín, estación Acevedo, martes, 2:00 de la tarde.

Al llegar a la plataforma la música en mis audífonos se ausenta y me queda esa paz que me brindó la melodía para seguir con el caos de la estación. Personas de un lado a otro con algo de prisa, mujeres con niños en brazos solicitando un asiento, amigos encontrándose para hacer el viaje juntos y otros ansiosos ante la llegada del tren.

Decidí huir de mis pensamientos. Afuera las gotas de lluvia iniciaron un baile de incertidumbre con un tono opaco en el cielo y unas nubes grises a lo lejos. "¡Siguiente parada: ¡Tricentenario!". El anuncio revoloteó en mi mente, haciendo que mis ojos regresaran al caótico tren en el que, por un momento, dos ancianas captaran mi atención.

Una de ellas, en silla de ruedas, más anciana y con evidente ceguera llevaba una pañoleta azul oscura que cubría su cabello corto. En su rostro se notaban los párpados caídos que le daban una dulce expresión y en sus labios había un rojo potente algo corrido. Su cuerpo estaba arropado por un camisón amarillo que dejaba ver en sus pantorrillas algunas várices producto de los años vividos. La otra, tal vez su hija, con una melena suelta y abundante color cenizo revelaba en su cuerpo el cansancio de la jornada, sus párpados inundados de un bello esmeralda, señalaban dicha en aquellos ojos destellantes.

A un lado de la puerta veo el ambiente que inunda ese monstruo verde que traspasa diariamente la ciudad, pero nos une todos los días mientras alucinamos en nuestros celulares con las caras largas que nunca se ausentan, la molestia de convivir con olores extraños y las miradas que, tímidamente, se cruzan unas con otras.

Antes de bajarme escuché susurros. Eran ellas, puse atención: "Carmen, ¿cómo está el día?" Preguntó la más anciana con una expresión sonriente, mientras la menor observaba afligida la ventana para ver el firmamento apagado con nubes tristes que poco dejan ver las comunas que nos rodean. Tomó aire y se volvió a la anciana diciendo: "es un día hermoso, el cielo está de un azul magnifico y el sol digno de apreciar, como todos los días"■

El viejo Antonio

Miguel Ángel Ríos Montes • ***Colegio Colombo Francés*** • ***Grado séptimo***
Tallerista: ***Mariana Acosta Gutiérrez***

El viejo Antonio es un hombre que ha estado rodeado toda su vida de bastos bosques de melancolía. Hay lugares donde guarda todas sus experiencias: hermosas flores que han significado momentos buenos, su primer piano y el día que se casó. Sin embargo, también en su vida habitan viejos árboles secos en los cuales guarda sus recuerdos más horribles y tristes; por ejemplo, cuando era un niño pequeño tenía un padre amoroso, especial y trabajador al que un funesto sábado, después de salir a comprar materiales para su colchonería, algo se lo arrebató, haciendo que no pudiera volver a verlo y, aún hoy, la duda y el dolor de no saber qué pasó con él atormentan su solitario corazón y hace parte de esos fantasmas del pasado que siempre le acompañarán.

¿Qué sensaciones lo habitan? ¿Tristeza, rabia, angustia, incertidumbre? Solo sé de su andar cansado, siempre con su traje negro, camisa blanca bien puesta y sus zapatos lustrados, pero ya gastados por el tiempo. Es un hombre que siempre cuida su presencia, pues se le ve con su barba larga y ordenada, acompañado de un portafolio azul donde guarda sus composiciones y así, al compás de su tristeza, camina sin cesar. Las partituras que guarda van repletas de polvo. Sí, composiciones, porque el viejo Antonio toca el piano. Él cuenta que aprendió gracias a un profesor de la escuela el cual se fijó en él y lo apoyó en su aprendizaje.

Una persona triste de principio a fin

Desde muy pequeño ha luchado con la soledad y toda su vida se ha refugiado entre notas y partituras. Su sueño de toda la vida fue convertirse en un gran pianista de una orquesta importante como la Orquesta Sinfónica de Viena, pero lastimosamente hoy ve cómo ese anhelo se le ha escapado al igual que el humo del cigarrillo que fuma.

Antonio me cuenta, mientras se termina su cigarrillo, que casarse con el amor de su vida hizo que dejara muchos de sus proyectos; sin embargo, fueron muy felices, pues eran una familia llena de risas, carcajadas y paseos de olla. Él era un gran profesor de música y su esposa se dedicaba a los quehaceres del hogar. Tuvieron dos hijos: Armando y Luisa, pero cuando crecieron dejaron atrás a sus padres y la tremenda tristeza que le dio a la madre fue suficiente para que entrara en una profunda depresión que, finalmente, le causó la muerte. Otra vez, Antonio tuvo una gran pérdida.

Quedó viudo y esto para él fue un golpe tan fuerte que le generó esquizofrenia, haciendo que vea a su esposa día a día en el Parque de Belén. Al sol de hoy es un hombre que deambula por las callejuelas de la ciudad y es común escuchar su melancólica tonada al cantar, sus conversaciones al aire con personajes imaginarios, creyendo que toca su piano y luchando una y otra vez con su tristeza.

Suele estar en la iglesia a las 6:00 de la mañana y, cada vez que sale de misa, toma un tinto extragrande acompañado de dos buñuelos en la panadería ubicada en una esquina de su barrio.

El viejo Antonio es un personaje anónimo que parece caminar con su soledad a cuestas, siempre fumando cigarrillos que constantemente finalizan en cualquier andén. Un hombre que se resguarda en las melodías que, alguna vez, le hicieron feliz■

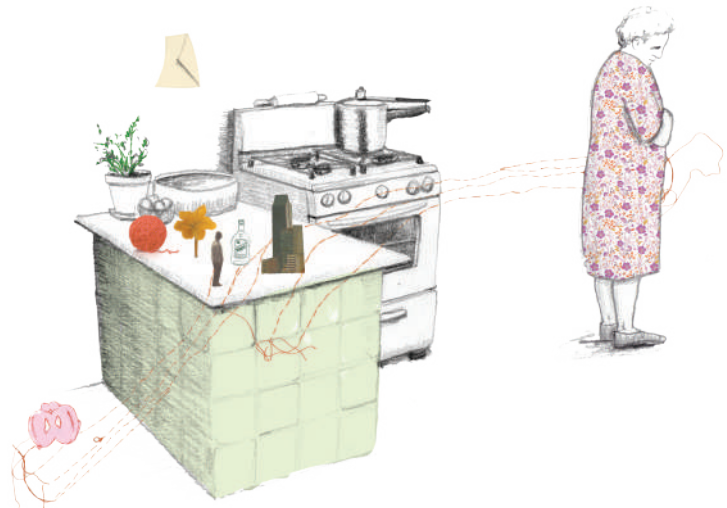
La luz que nos guía

Wendy Yulitza Pérez • ***I.E. Fundadores*** • ***Grado undécimo***
Tallerista: ***Mariana Acosta Gutiérrez***

Cuando la vemos podríamos decir que aquella mujer de piel arrugada, cabello corto con algunas canas que resplandecen después de que la tintura comienza a caerse, que va a misa todos los domingos y ayuda a cualquiera sin esperar nada a cambio, ha tenido una vida fácil, pero no es así, su vida está llena de altibajos que han dejado numerosas cicatrices en su cuerpo y en su corazón.

Luz Elena, más conocida como Doña Luz, nació en un pequeño pueblito ubicado al Norte de Antioquia. Fue producto de un amor apasionado donde las cartas iban y venían, desnudando sus almas y entregando sus corazones mediante letras.

"Fue un amor muy bonito", menciona con algo de melancolía, y es que pensar en aquel amor la hace recordar el dolor de su padre al enterarse de que su tan amada esposa había fallecido después de tener un aborto de mellizas. Aquello desató una tristeza infinita en él, tanto así que el alcohol se convirtió en uno de sus refugios. El tiempo fue pasando y con ello sucedió algo inesperado, cuando tenía ya siete años su padre tuvo un derrame cerebral que lo dejó mudo y con un lado de su cuerpo paralizado, lo que lo obligó a dejar de trabajar. "La niñez mía fue muy dura… sin mamá, ni hermanos y a lo último hasta sin papá, porque él en esas condiciones no tenía el respaldo de nadie", insinuó con cierta tristeza.



Debido a las circunstancias se tuvo que mudar a una finca situada en su pueblo natal, Angostura, donde vivía su tía: una mujer acuerpada de tez blanca que solía ponerse vestidos con pliegues y con un carácter tan fuerte que Doña Luz nunca olvidaría. Era católica y culta como la gente de ese tiempo. "Eso sí fue lo peor de todo, vivir con esa tía", me dijo, y se quedó en silencio un momento, como devolviéndose al pasado. "Era muy humillante, me decía muchas cosas, me trataba muy mal, y solo lo hacía por fastidiar".

Allí vivió los peores días de su vida, pero también encontró el amor: a Héctor.

El joven Héctor un día visitó a su tío y se encontró con una muchacha encantadora de cabello negro ondulado. "Era una muchacha muy bonita", dice casi suspirando, así que decidió conocerla y qué mejor método que las cartas para hacerlo.

Luz comenzó a enamorarse de esos ojos azules matadores y esa mente de poeta. Al cabo de unos años ya estaba casada, con 8 hijos y uno que lastimosamente falleció durante su embarazo. Nunca le dijeron el motivo exacto de su muerte lo que la dejó más desconcertada.

Después de un tiempo su familia decidió mudarse a Medellín, un cambio drástico para ella. "Me dio muy duro, porque antes podía sembrar flores y maticas, porque andaba libre como un pájaro y ahora es como estar encerrada en una cárcel".

De repente lo inevitable ocurrió, su padre falleció dejando un sabor agridulce en ella. "Me alegré porque ya no lo veía en una cama sufriendo… entonces ese día yo dije: gracias a mi Dios ya dejó de sufrir, pero la tristeza de la falta de él, podía más que la alegría de que se hubiera ido". Contaba esto, mientras la añoranza la invadía, el vínculo con su padre era realmente grande, ya que como ella lo relataba, él fue mamá y papá a la vez. "Era muy fuerte mi amor por él", concluye con la voz quebrada como si una lágrima amarga fuera a salir en cualquier momento de sus ojos.

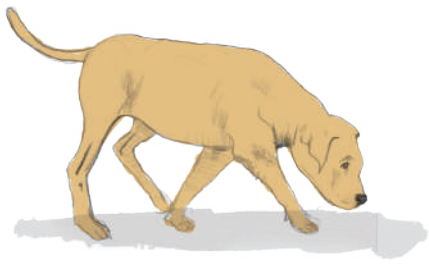
En ese momento llegué a la conclusión de que Jesús Antonio fue un buen padre, pues el amor con el cual ella hablaba de él era totalmente hermoso y puro. Me hizo entender que, a pesar del tiempo, su padre como una llama de fuego ardiente sigue en su interior dándole sentido a su vida.

El tiempo fue pasando, sus hijos crecieron y poco a poco cada uno fue formando sus propias familias. "Es muy difícil…difícil, porque ya uno no los ve en la casa, pero a la vez desde que estén viviendo bien, uno se alegra". De alguna u otra forma, a pesar de las circunstancias, Luz Elena crio a sus hijos y cuidó a sus nietos con el amor que siempre recibió de su padre y con la ayuda de Dios como ella lo menciona. "Uno como humano falla, hay que hacer mucha oración y pedirle mucho al Señor por ellos".

La soledad en estos momentos de su vida no es la mejor compañera: las enfermedades salen a flote; la monotonía hace que sus días se tornen grises; en su mirada hay un gran reflejo de tristeza por la poca compañía; en su hablar ya un poco lento y con pausas se nota desconsuelo y no es para menos, aquella casa conocida en la cuadra por estar usualmente llena de gente ahora se encuentra casi en silencio.

Allí donde se escucha la olla de presión sonar y el olor a comida inundar el lugar, donde es normal ver en la barra de la cocina hilos y agujas que suele usar para matar el tiempo, ya existe el vacío. Aquella mujer de baja estatura sigue ahí, en dicha casa, esperando por alguien a quien darle un poco de su luz. Esa luz que siempre resplandece en ella.

Salí con el estómago revuelto, con buenos recuerdos y repleta de emoción al charlar con mi abuela un largo rato. Ansío que la próxima vez que vaya a su casa… ella esté ahí para abrazarla■



Un domingo a cuatro ojos

Manuela Pulgarín • Ricardo Ocampo • *I.E Benedikta Zur Nieden Itagüí* • *Grado décimo*
Tallerista: *Mariana Flórez Palacio*

El balón sigue sin atravesar el aro, parece que el juego nunca se va a acabar y es que todavía hay espíritu, pero no fuerza física, mas ese balón ya magullado y medio desinflado todavía rebota. "Aguantaba pa' otra", dice uno de los chicos en la cancha.

El alumbrado público ya está encendido y anuncia el final del séptimo día. Tras las ventanas de algunas casas, las imágenes de la tv disparan ráfagas de luces con el último partido de la fecha. En el granero se deja ver un par de niños comprando una bolsa de leche y un paquete de arepas. Una mujer con uniforme de enfermera se baja del integrado que viene de la estación Ayurá. El automotor está vacío y se pierde al doblar la esquina.

En un segundo piso de esa cuadra un joven de la barbería rasura a un moreno belfo mientras de fondo suena *"…Esto es pa' que quede, lo que yo hago dura (con altura) Demasiadas noches de travesura (con altura) Vivo rápido y no tengo cura (con altura) Iré joven pa' la sepultura…".* La pequeña parroquia deja ver a los feligreses entre rezos y repeticiones y en la fritadora de empanadas la manteca chispea con la nueva tanda que muy pronto será devorada. Un caballo atado al teléfono público es estampa sórdida; el dueño del animal departe con unos jugadores de cartas, bebe una cerveza y observa entre carcajadas el juego de uno de ellos. La banda sonora de la escena es de música popular, de manera sutil el cantante dice: *"Yeison Jiménez…de corazón…"*

Un caballo atado al teléfono público es estampa sórdida; el dueño del animal departe con unos jugadores de cartas, bebe una cerveza y observa entre carcajadas el juego de uno de ellos

En unas cuantas horas acabará lo que queda de este día. Lo único que no acaba es mi impaciencia porque Manuela llegue al parque. Ella es mi compañera de historia. Me detengo un segundo a mirar lo que está pasando, y es que en este momento suceden un montón de cosas.

Bajo rápidamente al mall y en el recorrido los sonidos de motor atraviesan la ruta. Fue allí donde la vi, como siempre despreocupada y tan solo disfrutaba de su pizza. No tardó mucho en que su mirada, a lo lejos, se conectara con la mía, y tampoco pasó mucho para que yo dejara mi ira y me relajara, al fin y al cabo ya podíamos empezar nuestra crónica. Rápidamente me ofreció un trozo de comida que, indirectamente, fue una petición de perdón.

El parquecito

Fue entonces cuando vi a mi compañero Ricardo, acercándose, y no pude evitar ofrecerle un trozo de pizza como disculpa por mi tardanza. Cuando terminamos de comer, emprendimos nuestro pequeño viaje hacia la vereda El Porvenir, del corregimiento El Manzanillo en Itagüí. Fuimos preparados con la emoción por disfrutar el pequeño recorrido, a pesar de que ya habíamos visitado el lugar antes.

El camino era corto, porque tomamos uno de los extremos de la tan mencionada "Y" que hay cerca del colegio Benedikta y el mall de comercio de Laureles del Sur. Mientras caminamos, nos topamos con transeúntes que subían y bajaban. Me llama la atención una mirada triste y hambrienta, los ojos llorosos, las orejas caídas y la cola baja del perro que estaba acostado sobre el asfalto del parque desde el momento en que llegamos. Alrededor de él están las personas que conversan tranquilamente en las bancas, los viejos contando sus historias y los jóvenes esperando sus pedidos alrededor de los pequeños puestos de comida que allí abundan, desde salchipapas hasta chorizos hacen presencia por su olor a frito.

¡No hay sillas para tanta gente! Y es que es grande el parque, pero no lo suficiente. Tal vez sea porque como dice mi amiga Manuela, este lugar es el corazón de todo el barrio, ¡y no es para menos! Las casas alrededor están apagadas, todo el mundo se dirige al centro de El Porvenir a comer, reír, beber bailar, correr, gritar. Poco a poco, las calles se vuelven un sentadero, una banca cada vez más llena.

Más al fondo está la zona para hacer ejercicio y por último ese parquecito colorido lleno de niños que brincan y corren por todos lados. Aledaño al gimnasio público hay un mural de unas trompetas tocando lo que parece ser una melodía que refleja la paz, y a su lado, el arcoíris acompañado de unas flores. Quién diría que ese mural tiene tanta simbología y representa un nuevo comienzo que tuvo el barrio, y es que, cualquier habitante de Itagüí podría identificar el sector exclusivamente por su antigua violencia. Pero esa pintura es un recuerdo de un antes y un después.

El parquecito en sí, es una combinación de lo rural con lo urbano, no solo por los lugares, sino también por la actitud, vestimenta y gestos de la gente. Hasta hace poco el barrio era lo más parecido a un pueblo, con peleas de gallos y caballos. Es que la modernidad choca con lo rural dejando una combinación particular.

En El Hoyo

Son ya las nueve de la noche, cuando nos topamos de cara al corazón de El Porvenir. Desde allí se podía notar el cambio brusco en el ambiente, el ruido, las luces refulgentes de las casas y de los postes, las personas hablando en las esquinas, los buses todavía en funcionamiento. Decido que debemos sentarnos en alguna banca a divisar ese paisaje que había frente a nosotros, así que cruzamos la calle y buscamos el mejor sitio.

El Hoyo es la calle representativa de El Porvenir, es la vena principal, el inmenso corredor de un barco que une a las casitas que están amontonadas la una a la otra, semejante a su proa. Es el epicentro de la vida social de la comunidad, allí está la impronta de lo que es realmente este espacio, un lugar lleno de historias por contar que guarda consigo la vida rural de aquellos habitantes que poblaron este sector hace cincuenta años. También es la cara de la intervención urbanística, pues sus alrededores están adornados con complejos verticales por donde entran la ciudad y sus costumbres. Y al otro lado, con el vaivén de la vida popular, hay un comportamiento que se impone de a poco con la vida residencial del conjunto cerrado, complementándose ambos en este hermoso contraste de los grandes edificios y el revoltijo de casas, compitiendo por un espacio.

Una calle donde se agrupan la Junta de Acción Comunal, la parroquia, la ludoteca, la zona deportiva, las tiendas, las ventas de comidas rápidas, tabernas, supermercados, restaurantes y revuelterías, el billar y la barbería que hacen de este escenario una ruta innegable para el encuentro con lo propio.

Es domingo, eso explica la alegría y la barahúnda de la zona, pero también esa especie de calor que uno siente propio. Nos sentamos en el deslizadero amarillo del parque de niños, y no tan niños, que hay al fondo. Los niños juegan despreocupadamente, casi nadie está solo, excepto un niño que lleva una camisa azul del personaje de acción El Capitán América, luce un poco triste, pero aun así sigue jugando.

Unos pasos más adelante del parquecito está la UVA, un lugar común para hacer ejercicio y tomar bebidas en las bancas de cemento que hay alrededor. A la derecha está la cancha, que se mantiene la mayor parte del tiempo ocupada por los niños y jóvenes a los que les encanta el fútbol y otros deportes; y a la izquierda, el gran mural. Luego, están los más grandes, dispersos por todos lados, muchos sentados en las bancas de cemento, en los aparatos para hacer ejercicio, y otros traen sillas plásticas que hacen juego con el color gris de la calle, todos, reunidos en un mismo lugar, como en la sala de una casa, conversando con amigos o compartiendo con la familia.

El ambiente tiene aires de pueblo, y eso que todavía no había notado esa música de despecho que salía por el extremo de otro callejón. El domingo es ese gran día para beber cerveza, y licor, para relajarse y disfrutar, por eso el ruido de las cantinas que hay en esa pequeña cuadra, de donde salen melodías rancheras, nos golpeó.

Entre el barullo y la vocinglería, la belleza es latente. Cada fachada, las personas, la música, el juego, los diálogos y las risas tejen la cotidianidad. Cada palpitar, cada movimiento devela la idiosincrasia de quienes viven en El Porvenir, que tiene esta doble cara de pedazo de montaña y de urbe. Ellos son partícipes del ritmo de este gran navío por el que cada noche, la luz y el calor de sus personas discurre por cada estrecho callejón■

Un parche punk

Julián Camilo Domicó Bedoya • ***Fundación Ratón de Biblioteca*** • ***Sede La Esperanza*** • ***Estudiante SENA***
Tallerista: ***Maritza Montoya Pérez***

Los conciertos con parceros en la vida de un joven punk son de lo más importante, porque en cada uno de ellos se llega a una experiencia diferente y entre cada toque y pogo la conexión con otras personas puede llegar a ser increíble, con algunas uno llega a hacerse casi hermano. Hablar no es la única manera para un punketo de empezar una amistad, un amor o una familia.

No hay mejor muestra de amistad para un punk que saber que si cae en mitad de un pogo, otro le da la mano, es un momento donde las energías fluyen y sabes que ese parcero será un amigo incondicional. Y que a la hora de hacer el "chamber", para armar un buen parche, no te quejas por no tener dinero sino que dices: "Yo lo preparo pana, hágale". Si el parcero no tiene un cigarro y tú solo tienes uno, no lo escondes, lo prendes y le dices: "Parce, tenemos un garro, 'mitimiti'"; y si no tiene dinero no hay problema, solo van a sentarse a hablar y a escuchar los temas para pasar un buen rato.

Así es como muchos de nosotros empezamos, así es como nos damos cuenta de quiénes van a quedar en nuestras vidas y quiénes solo son amigos de un rato, pues mientras para otras personas con 2.000 o 3.000 pesos no se puede hacer mucho, para un punk alcanza para unos sorbitos y unos cigarros, hasta para algo de comer o, como mínimo, algunos dulces para disfrutar mientras caminas sin rumbo fijo con tus parceros.

Todas estas cosas hacen parte del día a día de un punkero, hubo días en los que hacíamos caminatas muy extensas, convocábamos a todos los parceros para encontrarnos en lugares específicos, el más común era el Parque Juanes, ubicado en Castilla. Allí nos encontrábamos entre las 4:00 o 5:00 p.m., hacíamos cuentas de cuánto tenía cada uno para el parche y comprábamos nuestras provisiones: una cajetilla de cigarrillos Piel Roja, un tarro pequeño de alcohol etílico, un sobre de Frutiño de mora o del sabor que eligieran, un tarro para el agua, unos chicles y con todo esto, ya estábamos listos para iniciar nuestra caminata hacia la primera "estación" como me gustaba decirle a mí: a la Biblioteca del Doce de Octubre.

De camino, cada uno de nosotros se fumaba un cigarro cada cierto tiempo, mientras hablábamos de cosas que nos pasaban en la semana o situaciones que se daban con nuestras familias o en la calle, como una vez que ya estábamos a medio camino y al pasar una calle uno de nosotros se adelantó y casi lo atropella un carro. Nos reímos, nos preocumos, parámos a seguir riéndonos, al final no había nada que nos hiciera contener. Transitábamos calles repletas de transeúntes que a esa hora llevaban mucho afán, otros se detenían para observarnos por nuestra vestimenta y objetos extraños.

Al llegar a la biblioteca siempre había gente diferente pero conocida, algunos rockers con sus chaquetas de cuero o camisas leñadoras, otros punks con sus botas largas, peinados raros con crestas altas, yines rotos y sus camisas con estampas, cadenas, y taches que los hace ver rudos. Allí nos sentíamos en casa, bueno, mejor que en casa. La musiquita, las niñas, los amigos, la noche, los parceros, hacen que el tiempo se detenga y que uno no vea pasar las horas.

Después de la tremenda subida y atravesar varios barrios de la comuna 5 y 6 de Medallo, se descansaba un rato, nos fijábamos bien en cómo estaba el ambiente, y se comenzaba a hacer la bebida más apetecida en el mundo punk. Esa vez fue Santiago el elegido, o como los parceros lo llamamos: "Gilsito". Él tenía una técnica impecable para el "chamber": la cantidad de agua y de alcohol suficiente como para que embriagara, pero no pasara un mal sabor de boca, a eso se le sumaba el Frutiño que le daba el sabor dulzón que se necesita. Él se encargaba también de revolverlo, aunque lo hacía de forma bastante única. A veces solo agitaba la botella, otras la tiraba un poco brusco al suelo y en otras la ponía a rodar como si fuera una pelota. Y eso al man le quedaba exquisito.

No hay mejor muestra de amistad para un punk que saber que si cae en mitad de un pogo, otro le da la mano

El Doce no era nuestro último o único destino, después de un buen parche y aburrirnos en el lugar, porque a esa hora iba llegando mucha gente, dábamos los últimos sorbos y volvíamos a nuestra odisea, esta vez en dirección al Parque de los Deseos. Esta caminata era más extensa, pero eso no disminuía nuestro ánimo, en cada cuadra había una charla y experiencia diferentes. Como un día que nos tocó enterarnos de lo que una señora le gritaba a otra, de balcón a balcón, que la escuchaba atenta, y nosotros seguíamos a carcajadas arruinando el momento tan íntimo de las vecinas. O como aquella vez que decidimos hacer bromas y le tiramos un periódico a un señor en mitad de la calle y se fue corriendo tras nosotros gritándonos. Otra de esas experiencias que uno jamás olvida, es un día de intensa lluvia, caminabamos en mitad de ella sin importarnos cuán empapados estuviéramos, y al llegar al Puente del Mico mientras corríamos en la lluvia, vimos cómo un rayo caía justo al otro lado de la calle. Estas eran las cosas que hacían de un trayecto largo y tedioso, una aventura única.

Por cosas como esas es que cuando abandonas ese mundo te das cuenta de que la vida puede ser buena con cosas simples y personas que te acompañen, no necesitas tanto para ser feliz o divertirte, y que la vida tiene muchas cosas que ofrecer al igual que nuestra ciudad, que tiene espacios en donde estar y no importa si eres un punk, rocker, deportista, músico, fotógrafo o solo vas casualmente por ahí, te vas a sentir como en casa y acogido por las personas aunque sean muy diferentes a ti. Eso para un joven que apenas está experimentando lo que es nuestra ciudad, y nuestra gente es importante, pues así se forjan lazos, no solo con los lugares sino también con las personas. Aunque extraño esas experiencias locas, ahora disfruto de otras. Este es el tiempo de añorar esos viejos instantes como los mejores momentos■

Imágenes que nos acompañan siempre

Santiago Gutiérrez Ospina • ***Centro Educativo Autónomo*** • ***Grado octavo***
Tallerista: ***Mariana Acosta Gutiérrez***

Tras haber arreglado lo necesario para el primer día de clases, después de unas largas vacaciones, el destino tenía un plan inesperado para toda mi familia. Mi madre y yo estábamos reunidos esperando la llamada de mi tía, esa voz que nos avisaría sobre el estado de mi prima que estaba hospitalizada por complicaciones médicas.

La angustia reinaba haciendo que ni una sola palabra saliera de nuestras bocas. ¡Rin, rin! El teléfono sonó e inmediatamente desapareció el silencio, pues mi madre contestó rápidamente y con cierto desespero. Al principio su expresión de felicidad me llenó de esperanza, pero su rostro fue tornándose cada vez más angustiante y mi esperanza se transformó en preocupación. Segundos después, mi madre comenzó a llorar y yo, sin tener mucha claridad de cómo reaccionar, traté de calmarla. "Mamá, ¿qué pasó?", le pregunté. Tomó aire para poder hablar y lo único que salió de sus labios me marcó de por vida: "¡La niña, la niña se va a morir!". En ese momento ya no era mi madre la única que lloraba, pues me uní al desconsuelo que comenzaba a ocupar toda la casa. Al final mi padre fue el único que, con un abrazo, pudo confortarnos. Intenté dormir, pero no pude conciliar el sueño aquella noche.

Al siguiente día, por la madrugada, el teléfono sonó, mi madre contestó. Intenté escuchar la conversación, pero el susurro era indescifrable. Colgó el teléfono y con una expresión de incertidumbre y desconfianza me dijo: "Párate, tenemos que irnos, nos esperan en casa de tu tía". Me levanté, comí algo rápidamente, me vestí y comenzamos el camino hacia su casa: la luna estaba llena e iluminaba nuestro camino, las estrellas inundaban el cielo y junto con su danza cósmica nos daban un espectáculo maravilloso, el frío arropaba nuestras almas en busca de respuestas. Era una bella noche.

"¡Por fin llegamos!" afirmé, desconociendo lo que se avecinaba para mi familia. Mi tía y su esposo nos recibieron mientras un ambiente de angustia y tristeza acaparaba la casa. Mi tía, quien acababa de llegar del hospital, nos dio una terrible noticia con voz temblorosa y entrecortada. Desde entonces nada volvió a ser igual en mi familia.

Mi prima, Jessica Andrea Soto Ospina, falleció a sus 26 años el 16 de octubre de 2018 a la 1:23 a.m. a causa de un cáncer de mama y una metástasis cerebral. Dejó plasmado su recuerdo en su hermosa hija, mi prima segunda, de tan solo 8 años de edad. En esa madrugada todos llorábamos, a veces el llanto puede ser un verdadero remedio para los corazones afligidos.

Ana Sofía, la hija de mi prima, tenía preparada una sorpresa para su madre y anhelaba entregársela cuando saliera del hospital: un dibujo de ella y su mamá en un pastizal verde con un sol radiante, celebrando su regreso a casa. Lastimosamente, esto nunca ocurrió, pero Sofía no se quedó con los brazos cruzados, ella eligió la parte superior del ataúd como el espacio destinado para el dibujo que, con tanto cariño y amor, había trazado. La lluvia comenzó a brotar y a la sala de velación la envolvieron el silencio y la angustia. Sin embargo, a mi modo de ver, esa lluvia limpió todas las impurezas y permitió que los sucesos siguieran fluyendo.

La ceremonia no finalizaba. En la cremación algunas personas rezaban, otras miraban, otras hablaban, otras lloraban sin compasión y otras gritaban de inmenso dolor. En fin, todos estábamos reunidos para darle el último adiós a Jessica, y esta imagen quedaría grabada en nuestras mentes de por vida.

Las cenizas las depositaron junto a las de su abuela en la parroquia San Gregorio Magno, en el barrio Boyacá Las Brisas. Cada vez que paso por ese lugar no puedo evitar que me salga una lágrima. Sin embargo, con el paso del tiempo hemos ido creyendo que, cuando una persona fallece, se inmortaliza en el recuerdo de quienes tanto la amamos■

En memoria de mi prima, Jessica Andrea Soto Ospina, quien fue una guerrera hasta su último aliento.

Edilma y las gallinas que empollan sueños

Juan Manuel Castaño • ***Fundación Las Américas*** • ***Grado noveno***
Talleristas: ***Daniel Gómez Vásquez*** • ***Alejandra Márquez Quintero***

Nosotros los adolescentes, procrastinamos todo el día tirados en una cama, revisando las redes sociales o perdiendo el tiempo en cosas que, en realidad, nunca nos servirán de nada

Ella es Edilma, una luchadora empedernida de 76 años, de baja estatura y con una cara que transmite pura humildad. Es una señora de cabello blanco que le pone toda su dedicación a ganarse la vida de una manera honrada e inspiradora para mantener a su esposo Aníbal y a ella.

Un verdadero ejemplo para seguir, pues los días que baja al barrio a vender los huevos se levanta a las 6:00 a.m., hace el desayuno para su esposo y para ella, organiza su casa, prepara las canastas de huevos - que recolecta del pequeño gallinero del patio de su casa-, se arregla y sale de su humilde hogar rumbo al barrio Belén Rincón, desde la vereda donde vive, El Manzanillo.

No se dedica a nada más que eso, lo que no le quita importancia al hecho de que siempre le ha encantado cuidar animales y caminar. Sale por un camino de trocha con 5 canastas hasta la carretera, donde toma un "chivero" que por mil quinientos pesos la lleva hasta el barrio. El recorrido es rural, hasta que pasados unos 10 minutos se empieza a adentrar más en la zona urbana. Cuando le encargan más canastas de las que puede llevar, toma las que puede y espera hasta la próxima tanda de huevos para entregar lo restante.

Y ahora, si digo que es inspiradora, es porque ella se sigue luchando por tener una mejor calidad de vida, aunque el doctor le ha prohibido caminar y esforzarse tanto, pues tiene principio de osteoporosis y artritis leve en la rodilla izquierda.

Esta señora nos demuestra lo perezosos que somos y que no valoramos nuestras vidas, y que hay gente que lucha más que uno por lograr llevarse el pan a la boca y cubrirse con un techo, y que aun así nos quejamos por lo que no tenemos: "no tengo el celular del año", "no tengo ropa de marca", y así.

Nosotros los adolescentes, procrastinamos todo el día tirados en una cama, revisando las redes sociales o perdiendo el tiempo en cosas que, en realidad, nunca nos servirán de nada, sabiendo que deberíamos invertir el tiempo en cosas productivas que van a influir en nuestra vida. Estudiar para aprender y practicar para dominar un conocimiento, es lo que deberíamos hacer en nuestro tiempo libre.

Gracias Edilma por la inspiración que generas en las personas■

Sicario, ¿se nace o se hace?

Nelly Torres Giraldo • *Biblioteca Comunitaria Sueños de Papel* • *Grado noveno*
Tallerista: *Simón Hernández Barrera*

Este relato es el producto de un ejercicio de entrevista que Nelly hizo durante El Taller Prensa Escuela a un joven que le narró su historia.
Para proteger la identidad de este joven todos los nombres están cambiados.

La tragedia del 2009

Esa noche de diciembre del 2009 mi hermano menor llegó corriendo. Al verlo yo sabía que algo había pasado, pues su mirada me produjo escalofríos. Él, casi sin respirar, solo lograba modular: "Lo, lo…ma, lo ma… ¡Lo mataron!", gritó finalmente. Yo sabía que se trataba de él. Un miedo profundo junto con un vacío que no me dejaba respirar se apoderaron de mi pecho. Aún no asimilaba muy bien lo que había ocurrido, así que volví a preguntarle a Alejandro*: ¿Lo mataron? Mi hermano se tiró al piso y yo, yo no sentí ni rabia.

Salí para mi casa. El camino se me hizo más largo de lo normal, aún no creía lo que había escuchado, lo único que sentía era mi corazón destrozado como si lo hubieran pateado.

Volver al pasado: 2005

Eran las 12 de la noche del año 2005 cuando llegó *El Ratón** a la cancha de La Iguaná, mi barrio. Ese hombre era el que manejaba todo el sector por aquel tiempo. Al acercarse donde estábamos nos preguntó quién era mayor de 12 años, al que no lo fuera lo mandó para la casa y al resto nos dio pan con gaseosa mientras nos decía:

Ustedes van a trabajar para mí, van a tener chimbas de motos, chimbas de mujeres y ropa de marca, pero ojo, ¡si no están conmigo están contra mí!

Yo veía muy a menudo a los muchachos del barrio muy bien vestidos y todos con su moto, y aunque me daba miedo involucrarme con *El Ratón* no podía dejar de pensar en el respeto que podría obtener a su lado. Por eso, al día siguiente acepté.

En la banda nos fueron descubriendo talentos. Muchas veces nos encerraban con perros y gatos callejeros en el cerro El Volador, si éramos capaces de matarlos sin pensarlo nos dejaban de sicarios, si lo dudábamos nos ponían a manejar la moto del que iba a hacer la vuelta y si no queríamos, entonces nos ponían de mandaderos a recoger la plata de las plazas. ¿Qué hacía yo? Aunque lo dudé mucho, a la final logré hacerlo.

El Ratón no era tan poderoso como otros, pero sí era uno de los más temidos entre las bandas, nadie se cruzaba en su camino. Su sueño era ser como alias *Popeye,* "¡El general de la mafia!", como decía él. En el negocio del microtráfico hizo diferentes conexiones en la ciudad y también en municipios como Rionegro, Barbosa, entre otros. En esos lugares estaban los proveedores de la mercancía con la que surtían las plazas. Nunca supe cómo conseguía los juguetes, es decir, el armamento, pero sí sabía de dónde salían las municiones. En ese entonces había un teniente del ejército que nos suministraba el arsenal y junto con varios subalternos nos reuníamos en una cantina en Rionegro para efectuar la entrega.

La plata para sostener todo salía de las extorciones que hacíamos a los alrededores de La Iguaná y de los robos que hacíamos en otros lugares.

Damián Castaño Parra*

Eran las ocho de la noche de aquel día de 2009. Después de recibir la noticia de la muerte de mi hermano, vi cómo su cuerpo desfilaba en cámara lenta. Cuando lo dejaron en la sala nadie quería acercarse, mi mamá fue la primera en tomar la iniciativa. Ese momento fue como la cuota inicial del mundo de mierda que íbamos a sufrir.

En Damián* siempre abundó un oscuro mal. Él podía ser tu mejor amigo o el peor de tus enemigos: "Al son que me toquen bailo", esa era su frase favorita.

Todo comenzó a los 12 años cuando lo reclutó uno de los hombres de alias *Don Félix*,* uno de los cabecillas de las bandas del barrio. Damián nunca tuvo motivos que lo impulsaran a seguir el camino del sicariato, era más como por pasar el tiempo. Mientras estuvo en ese mundo hizo mucho daño, pero también ayudaba a las personas, pues con la plata de las extorciones le colaboraba a la comunidad.

La rabia fue como un virus que me atacó y me consumió lentamente en ese momento, la confesión de Aurelio era algo que había deseado escuchar hacía mucho.

Eran las nueve de la noche cuando llegó mi primo Aurelio*. Todos sabían qué había pasado en realidad menos yo que durante esos años ya me había ganado bastantes enemigos y no podía salir del barrio. Por eso, mi primo me llamó al patio y ligeramente se me acercó colocando su mano sobre mi hombro mientras me decía al oído: "Adrián*, yo sé quiénes fueron".

La rabia fue como un virus que me atacó y me consumió lentamente en ese momento, la confesión de Aurelio era algo que había deseado escuchar hacía mucho. Según él, *Los Siameses*,* otros sicarios que trabajaban para *Don Félix,* fueron quienes mataron a mi hermano. Lo único que sabía de ellos es que habían llegado al negocio después de que les mataron a toda la familia que tenían y *Don Félix* les ofreció venganza a cambio de que trabajaran para él. Y así fue, juntos acabaron hasta con el nido de la perra.

Tres meses después de la muerte de mi hermano, un día *El Ratón* me preguntó si quería vengarme, yo le dije que sí. Semanas después me llevó al sótano donde nos reuníamos a cuadrar todas las vueltas y me mostró una bolsa donde estaban los cuerpos de *Los Siameses* justo como encontramos el de mi hermano: en pedazos.

Ya hace algunos años que me salí de esto, pues las cosas cambiaron. *El Ratón* está en la cárcel al igual que *Don Félix*. La mayoría de los muchachos que trabajaban conmigo están muertos, yo también lo estaría si no hubiera reaccionado a tiempo. Ahora trabajo en la Fundación Unidos por la Transformación* que me permite ayudar a jóvenes vulnerables, los aconsejo y también los protejo del daño que podría causarles la mala vida porque no quiero que otros sufran lo que vivió mi familia■

“Y yo estoy aquí, borracho y loco”...

Valeria Jiménez Yarce • ***I.E. Benedikta Zur Nieden*** • ***Grado décimo***
Tallerista: ***Mariana Acosta Gutiérrez***

“Y yo estoy aquí, borracho y loco. Y mi corazón idiota, siempre brillará (siempre brillará). Y yo te amaré, te amaré por siempre. Nena no te peines en la cama, que los viajantes se van a atrasar”. Enanitos verdes.

En la mañana del 20 de marzo había un gran concierto o, como muchos dicen, un “toque” de ska y reggae. Recuerdo las ganas que tenía de ir y la incertidumbre que sentí por no tener el dinero para hacerlo. Sin embargo, el día era tan cálido, que me hacía creer que era buena idea irnos a pie, pues el viento soplaba lentamente, las nubes se movían poco a poco y el cielo se encontraba completamente despejado. Tomé la decisión de salir e irnos a gozar el gran concierto por el que tanto habíamos esperado, haciendo que la falta de dinero no nos dañara la ilusión de disfrutar completamente aquel día.

Juan y yo nos encontramos en la estación Ayurá, él es un viejo amigo de hace 5 años, y con los demás, nos encontramos en la estación Envigado. Desde ahí, juntos, empezamos la travesía hasta Sabaneta, lugar donde sería el concierto. De ese recorrido recuerdo algo en particular, pues mientras caminábamos una señora nos gritó: “¡Por eso es que la juventud está como está!”. “¿Y cómo estamos?” Me pregunté en silencio, pero mis ojos no pudieron evitar observar a mis parceros.

Mariana se viste con sus platinas y sus chaquetas de jean con parches. Juan es un pelado serio, pero se expresa a través de la ropa, haciendo que su estilo sea único, ya que lleva el pelo rapado y una lengua de serpiente. Carlos y Alejandro son los mayores y suelen ser los más parchados.

“¡Uy, parce! y ahora, ¿qué vamos a hacer para devolvernos?”, le pregunté al resto. Su respuesta inmediata fue un gesto de preocupación. “Devolvernos a pie está muy bravo.

Carlos estudia sistemas y Alejandro música en la Débora Arango, pero esos manes son la energía, una vez Carlos le pidió permiso a mi mamá para que pudiera salir y Alejandro hace que uno le coja amor al estudio porque varias veces me ha dicho: “¡Puma, en un país como el de nosotros es imposible vivir de la música!”. Ya llegando al evento lo primero que sentí fue el olor que había allí: marihuana y humo de carro entrelazándose y molestándonos, pero es lo que casi siempre ocurre en esos eventos, entonces me dije: “¡toca aguantar!”.

“¡Uy, parce! y ahora, ¿qué vamos a hacer para devolvernos?”, le pregunté al resto. Su respuesta inmediata fue un gesto de preocupación. “Devolvernos a pie está muy bravo. Estamos muy lejos”, dijo Mariana. “Toquemos algo con la guitarra de Diego”, propuso Juan. Diego tenía una guitarra y hace varios años ensayamos algunas canciones, así que empezó a tocarla, los muchachos hacían ritmo con las manos y las botellas, mientras que nosotras, las muchachas, cantábamos. Al principio, los que estaban alrededor nos miraron extrañados, pero nosotros seguimos ahí, *parchados,* en lo que estábamos. Cuando todos nos acoplamos, empezamos a entusiasmarnos, la gente se integró cantando y nos motivó aún más.

Nos sorprendió la acogida de la gente. La plata ya era más que suficiente, pero seguimos cantando porque nuestro mayor interés no era el dinero sino la satisfacción de hacer lo que realmente disfrutamos. Ahí comprendí que la música más allá de una profesión, siempre será un estilo de vida.

La postal de aquella tarde quedará grabada, por siempre, en nuestra memoria■

Café y Cigarrillos 114

Juan Andrés Quintana Tangarife • ***ENS de Medellín*** • ***Grado noveno***
Tallerista: ***Simón Hernández Barrera***

El olor a café recién hecho en las mañanas trae a su memoria lejanos recuerdos que sacuden imborrables imágenes de su infancia. La observo fijamente mientras permanece sentada en el pequeño banco de madera que siempre tiene en su cocina. Su cabello corto, que al parecer fue tenuemente rociado por la nieve, sus arrugas, que se notan desde lejos levantándose como marcas de las tantas guerras ya peleadas, y su corta estatura que no alcanza a igualar a la gran mujer que allí permanece apretando una taza de café entre sus manos, es lo que la caracteriza. Su nombre es Maria Carlina, mi abuela.

Mientras bebía el primer sorbo de su humeante taza favorita, un nombre llegó rápidamente a su mente y salió de su boca: "Cigarrillos 114", con esas palabras trató de explicarme cómo ella inició a fumar con tan solo ocho años de edad, un hábito que no fue su decisión sino más bien una imposición.

Su infancia transcurrió en diferentes fincas ubicadas en los municipios de Bolívar, San Carlos y Venecia, en el departamento de Antioquia; allí creció junto a su padre Julio César, su madre Florentina, y sus dos hermanos Nolberto y Julio Martín. Era una niña alegre que disfrutaba aprender cosas nuevas, soñaba con terminar sus estudios y seguir yendo a la escuela, y aunque no tenía claro para qué servía estudiar en ese momento, le gustaba muchísimo hacerlo. Nunca tuvo tiempo de sentarse a pensar en su futuro, ella solo vivía el día a día y hacía todo lo que le decían que debía hacer, pero poco a poco esa niña alegre se fue llenando de tristeza al tener que enfrentarse ante la realidad de vivir en una familia marcada por el machismo, en la que su padre era quien inflingía su autoridad y se imponía ante los deseos o sueños de ella y los de su madre.

Su deseo de estudiar se vio opacado aquel día en que su papá le dijo que "Las mujeres no necesitan estudio para conseguir un marido" y decidió sacarla de la escuela cuando iniciaba el tercer grado de primaria, para llevarla a trabajar recolectando café en algunas fincas cercanas, bajo la promesa de que más adelante la ingresaría de nuevo a estudiar. Un momento que nunca llegó.

Su deseo de estudiar se vio opacado aquel día en que su papá le dijo que: "Las mujeres no necesitan estudio para conseguir un marido" y decidió sacarla de la escuela cuando iniciaba el tercer grado de primaria

Sus días transcurrían lentamente entre los cafetales mientras sus manos agarraban apresuradamente aquellos frutos de las plantas. Sus pies descalzos avanzaban entre la maleza, al tiempo que de su boca brotaba una nube de humo de los "Cigarrillos 114" y es que precisamente la cajetilla contenía 114 cigarrillos sin filtro que su padre le entregaba semanalmente para que fumara y evitara que los moscos la picaran, mientras este la obligaba a recoger café. Desde muy temprano en la mañana sus pulmones se llenaban de este tóxico repelente y los bolsillos de su padre se colmaban con todo el dinero que obtenía Carlina de su duro trabajo, él era quien lo cobraba y finalmente lo terminaba gastando en algo de comida y en mucho licor. No le daba un peso a nadie ni siquiera a su familia.

Años después, en su adolescencia entabló amistad con dos vecinas llamadas Rosilia y Genoveva, estas fueron quienes le dieron el impulso para que lograra poner fin a la vida que llevaba. Un día decidió escaparse con ellas a la ciudad de Medellín para trabajar como empleada doméstica, lamentablemente sus planes no salieron como ella esperaba; su padre la encontró y la ingresó en un internado, pero como para él ella era más productiva en el campo, se la llevó de nuevo prometiéndole un mejor trato y mejores condiciones, algo que no cumplió. Finalmente, a los dieciocho años se escapó nuevamente de su casa con ayuda de sus dos amigas y esta vez fue definitivo. Su padre ya no quiso buscarla más porque ya no quería lidiar con ella, y eso la hizo sentir libre. Desde ese momento comenzó a enfrentarse a la vida tomando sus propias decisiones.

Allí, sentada en medio de la cocina, recordó los mejores momentos desde que nació en ella ese sentimiento de libertad: sus dos matrimonios, el nacimiento de sus cinco hijos, su primer par de zapatos nuevos. Aquellos momentos buenos y no tan buenos son evocados por su mente mientras pasa las dolorosas memorias de su infancia con el último sorbo de café■

Juan Andrés evidencia una capacidad de conversar y de escuchar con atención para traer a la memoria la experiencia de María Carlina, su abuela, una mujer como muchas en Colombia que tuvieron que aplazar sus sueños, pero no dejaron de luchar.

¡Un, dos, tres, por mí!

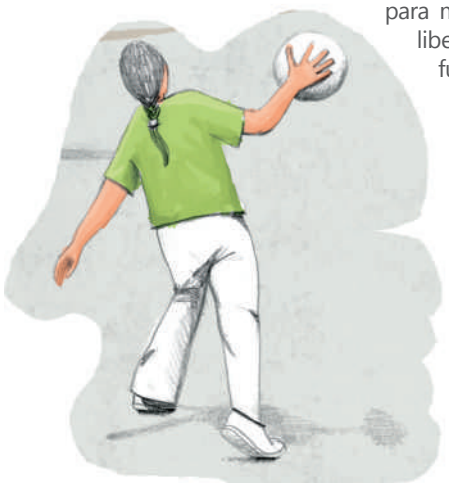
Danna Marianella Quintero Cano
Fundación Ratón de Biblioteca** • **Sede Guadalupe** • **Grado octavo
Tallerista: ***Maritza Montoya Pérez***

Una mañana en la que abrí mi ventana al escuchar el bullicio que hacían unos pequeños afuera, recordé que yo también podía pasar horas jugando, sin cansarme; entraba a mi casa simplemente para tomar agua y mi mamá decía que ya era hora de acostarme y no me dejaba despedirme de mis amigos.

Recordé las veces en que me escondía tan mal que era la primera a la que liberaban, o cuando todos se liberaban y nadie se daba cuenta de que yo seguía escondida, o las veces que me iba de tramposa y me quedaba detrás de la persona para liberarme de primera para que no me tocara contar, porque esta era la peor parte del juego.

Recordé las veces en que caía, y no sabía si reír o llorar del dolor o de la vergüenza con mis amigos; o por saber que en mi casa me esperaba un regaño porque llegaba aporreada. Negociar con mi mamá para que ella me hiciera una curación pequeña con algodón e Isodine y agua oxigenada, o hasta con alcohol.

Las discusiones por quiénes eran los policías y quiénes los ladrones, quiénes ponchaban, quiénes eran los dueños del balón, quiénes eran los más audaces para manejar y mandar en los juegos, o quiénes liberaban la barra para que todos sus amigos fueran salvados y tuvieran la oportunidad de poder jugar otra vez.



Este leve sonido llega a mi ventana en una mañana que, para ellos, es de mucha diversión y que, para mí, será un día de estar en el celular, acostada y ayudando en casa con algunos oficios.

Recuerdo una vez que estábamos jugando chucha congelada, yo quería descongelar a una amiga y cuando corrí me caí, y casi me fracturo la nariz. Por unos días tuve que quedarme en casa, pero luego volvieron los días de fiesta, de salir con mis amigos hasta tarde de la noche porque en la cuadra solo había

niños felices jugando y mamás llamando, desde las ventanas o las puertas, a sus muchachitos para que se entraran ya, o fueran a comer algo.

Después de pasar un rato en Facebook, salí muy curiosa con los pies descalzos, un poco despeinada y con cara de recién levantada, pues media hora después todavía se escuchaban los mismos niños en la cuadra.

Me pregunté parada en la puerta: ¿cómo pasó el tiempo tan rápido?, ¿por qué no era parte de ese combo?, ¿por qué ahora estaba tan obsesionada con la tecnología?, ¿y desde cuándo no se me permitía jugar a la "lleva lleva" o al "escondidijo"?, ¿en qué momento se me quitó ese derecho? o ¿cómo crecí que olvidé todo lo que hacía de niña?

A pesar de que los niños de mi cuadra estaban afuera, son pocos los que prefieren estar en la calle teniendo una infancia increíble; el resto están en sus casas, perdiéndose de lo que ocurre afuera.

Niños adictos a la tecnología, que en realidad son los dueños de ella, pero que en el fondo no comprenden su buen uso, que se la pasan horas y horas haciendo clic, o presionando un botón muy emocionados por esa realidad virtual, que solo los entretiene, pero que no los emociona y no los llena de momentos por recordar.

Entonces comprendí que ya nada era lo mismo, que las épocas son muy cambiantes, y que muchos han reemplazado una salida al parque, los juegos en la cuadra, el encuentro con los amigos, los pelones en las rodillas, por un Smartphone o una tablet. Incluso yo misma que, mientras pienso en eso desde mi casa, recuerdo cómo solía divertirme cuando salía tranquilamente a jugar con mis amigos■

El derecho a vestirse libremente

Sara Giraldo Cadavid • ***Centro Educativo Autónomo*** • ***Grado noveno***
Talleristas: ***Juliana Giraldo Orozco*** • ***Juan Pablo Patiño Osorio***

Cada día me hago la misma pregunta sin encontrar ninguna respuesta y es que descubrí que por más cubierto que tengamos el cuerpo siempre habrá un comentario obsceno atravesado por ahí.

Melissa es una chica de 14 años, de piernas anchas, cabello largo y café. Tiene una cara tierna. Ella siempre ha sido bastante sociable y tiene muchos conocidos y amigos con distintas formas de ser y pensar.

Un día Melissa salió de un colegio cercano a su casa, estaba vestida con unos jeans claros y ajustados, una camisa corta que dejaba al descubierto su abdomen. Subió por la cuadra donde vivía uno de sus amigos, Jhojan, un chico de aproximadamente 17 años, bajo de estatura, moreno y bastante narcisista. Melissa se llevaba muy bien con él, por lo que fue a saludarlo, pero él le echó un par de miradas lujuriosas, antes de intentar seducirla, y le dijo:

—Usted lo tiene todo para tener mucha plata y yo se la manejo.

Melissa se confundió, no comprendió lo que intentaba decirle, por lo tanto, le preguntó a Jhojan a qué se refería y él le respondió:

—Pues a que usted es muy bonita, yo pagaría por una mujer así.

Ella no pudo evitar sentirse un objeto al que subastan al mejor postor. Sin embargo, su única reacción fue alejarse.

Como mujeres, hemos tenido que pasar alguna vez en nuestra vida por esta triste situación: nos sentimos oprimidas y culpables por comentarios constantes que están fuera de tono, pero… ¿realmente es nuestra culpa? o ¿es más bien un problema de la sociedad que carece de valores básicos como el respeto y la tolerancia, tanto para hombres como para mujeres.

Fui educada en una familia conservadora en la que siempre trataron de decirme que eran las mujeres quienes provocaban este tipo de acoso con su forma de actuar y de vestir. Nunca lo creí válido. Sin embargo, siempre lo tuve presente.

Fui educada en una familia conservadora en la que siempre trataron de decirme que eran las mujeres quienes provocaban este tipo de acoso con su forma de actuar y de vestir

Una tarde de abril de este año tuve la oportunidad de hacer presencia en un modelo de Naciones Unidas. En este tipo de eventos hay un código de vestuario bastante estricto, todos lo cumplieron y yo no fui la excepción: con una camisa de manga larga, tacones y pantalones sueltos y negros me dispuse a cruzar la calle para llegar a la universidad ECCI, lugar donde se realizaría el evento. Iba con dos amigas que también estarían presentes, por tanto, cumplían el mismo código de vestuario que yo.

Lastimosamente, nuestra piel cubierta no fue suficiente para no atraer comentarios de acoso por parte de un par de ebrios que iban pasando por allí. Inmediatamente no pude evitar que se me viniera a la mente cada palabra que me habían inculcado desde pequeña. Fue justo en ese momento que pude demostrar que no somos nosotras las mujeres las del problema y el respeto no debe ir ligado a la forma en la que vestimos.

Es triste saber que vivimos en una sociedad llena de intolerancia y machismo, que no se ha dado cuenta de que el verdadero problema radica en la educación que se da en casa. La única forma de mitigarlo es formando en valores e igualdad de respeto hacia todos, sin importar género, color de piel, contextura física o forma de vestir■

Un país diverso: de apartamentos a palafitos

Emilia Vanegas Escobar • ***Colegio Colombo Francés*** • ***Grado noveno***
Talleristas: ***Ana Isabel Gómez Molina*** • ***Luisa Fernanda Guiral Cano***

Agua de río, clima caliente, bochorno. De fondo, una canción que decía: "A mí me gusta la parranda, a mí me gustan las mujeres". Hablo de Leticia, capital del departamento del Amazonas, Colombia.

Para las vacaciones mi papá nos llevó a mi hermano y a mí, por seis días, a este extremo del país tan lejano de nuestra casa, tan bonito.

Leticia es un pueblo plano con una sola bajada que te conduce hacia el muelle. Es de esos sitios en los que mientras más te alejas del centro, más inmerso estás en el pequeño universo que son. Allí arriba, en el parque principal del pueblo, las calles se parecen a una plaza de mercado: su ruido, sus negocios y todo el ambiente ajetreado y propio de estos lugares, solo que, en vez de ser una plaza, era el pueblo. En cada acera un parlante con música, tiendas de todo tipo de objetos, personas vendiendo tours al río y transeúntes tan diferentes entre ellos, y todos dueños del espacio, compartiendo juntos su querida Leticia.

Así pues, un día de estos seis, en el que no teníamos nada que hacer, decidimos salir y adentrarnos por las aceras estrechas. Mientras la voz de Yeison Jiménez sonaba en cada parlante, llegamos al río.

Allí abajo en el puerto, rodeados de gente, botes, plantas y música, nos encontramos con una Leticia diferente a la que imaginábamos. Un pequeño universo intercultural que no había sido mencionado en ninguna de las páginas de Internet o alguno de los libros en los que consulté antes del viaje. Tan diverso fue que, cuando nos acercamos a un señor para preguntarle algo, no hablaba español, ni siquiera parecía estar familiarizado con nuestro idioma y nos respondió en una lengua indígena.

Para mí, que siempre he vivido en la ciudad, lo primero que pensé fue en lo pesado que sería vivir así, con la ausencia de bienes que considero cruciales.

Me tomó por sorpresa, me despertó dudas. Cuando se busca en Google sobre Leticia, aparecen el español y el portugués como lenguas oficiales, pues este pueblo es limítrofe con Tabatinga, Brasil. Pero ningún rastro de alguna lengua indígena en la información disponible sobre esta localidad. De hecho, ni en las vallas, ni en los anuncios, ni nada allí estaba en otro idioma que no fuera el español. Sin embargo, fue más que suficiente agudizar un poco el oído en ese muelle para escuchar muchos dialectos juntos, que yo no conocía, y que no vi ni escuché más que en la boca de estas personas.

Caminamos más, empecé a sentirme cansada, así que me senté y pude detallar un barrio particular de casas levantadas sobre el suelo por postes de madera. Era un grupo de palafitos que se conectaban entre ellos por tablas de madera, también levantadas encima del suelo para protegerse de insectos y humedades. Estas viviendas no contaban con servicios públicos, no tenían nada como cortinas o puertas. Eran residencias pequeñas, de lejos se veían como cubos sobre el suelo, de los que entraban y salían hombres, mujeres, niños y perros.

Para mí, que siempre he vivido en la ciudad, lo primero que pensé fue en lo pesado que sería vivir así, con la ausencia de bienes que considero cruciales. Fue ahí, un instante después de que todos esos pensamientos pasaran por mi cabeza, que quise regresar al pasado y darme una palmada.

¿Quién soy yo para ir por ahí diciendo y pensando que la forma en la que viven y hablan los demás es incómoda? Ese papel no me corresponde a mí, ni a nadie que no viva en esos palafitos. Ellos podrían estar viviendo de maravilla y nada de lo que yo dije haría falta. Al fin y al cabo son casas más amigables con el medio ambiente que las nuestras, quizá más tranquilas. No es mi deber señalar ningún tipo de "precariedad" o condición "paupérrima", pues yo no vivo ahí ni pertenezco a esa cultura.

Volviendo a la historia, cuando nos íbamos de esos barrios, de regreso al hotel, ese pueblo que me estaba aburriendo se convirtió en un lugar de lo más interesante. Ya no era un moridero sino una caja de sorpresas, y qué bien, porque al otro día nos iríamos desde temprano en un tour por el río y conoceríamos las comunidades indígenas que vivían en las pequeñas islas del Amazonas. Así pues, a la mañana siguiente nos preparamos y salimos.

Llegamos al puerto y vimos un montón de barcos, barquitos y barcotes de todos los materiales y conducidos por todo tipo de individuos. Algunos de madera, canoas estrechas y alargadas con formas que se asemejaban a la hoja de un árbol. Otros, de plástico, grandes y estrafalarios con sillas, techo y motor. Sin embargo, en la que nosotros emprenderíamos el viaje era un punto medio entre la canoa y el gran barco. Tenía un techo de tela azul, un motor atrás y chalecos salvavidas dispuestos en las tablas de madera que hacían el papel de sillas dentro de la lancha. Yo me senté en la esquina y empezó el tour.

El agua en tonos verdosos y cafés se movía a borbotones en el río y chocaba con las paredes del bote, alborotada por el motor. De nuevo el cielo era gris, pero hacía mucho calor. A nuestro lado, veíamos cómo cada vez se iba alejando Leticia y nos adentrábamos en una esfera distinta del mundo que estábamos conociendo. Pasamos por la frontera con Perú y Brasil, nos detuvimos en rincones llenos de árboles y plantas, vimos animales y una pequeña muestra de la diversidad que alberga este país. Cuando parecía que el recorrido se hacía eterno nos detuvimos en una isla.

Nos recibieron un grupo de indígenas vestidos con faldas de plumas y paja que, bailando y cantando nos condujeron a un quiosco lleno de personas. Allí se presentó un hombre descalzo, en la mano derecha tenía un cetro con unos cascabeles amarrados a la punta, una falda también de paja y plumas, y un sombrero-corona largo que iba hacia atrás de la cabeza a la espalda. Dijo ser el abuelo de la comunidad y nos presentó una diversión usando palabras de su lengua materna. Dio inicio al juego, y una vez terminó, ofreció a los turistas ponerse ropajes como los que él usaba para tomarse fotos. Además, nos indicó el camino hacia una venta de artesanías que ellos habían realizado.

Dicho y hecho todo esto se cambió de ropa. En lugar de la falda se puso un pantalón, unas botas pantaneras, una camisa tipo polo, se despidió y se fue.

Mi hermano y yo, quedamos atónitos y algo impresionados por lo que habíamos visto, pero aun así fuimos a curiosear las artesanías. En un grupo de mesitas, que estaban en hilera, tenían dispuestas a la venta figuras hechas en alambre dulce de Papá Noel, estatuas en miniatura de los moais de las islas de Pascua, pulseras, collares y un par de imitaciones de las esculturas de Botero, entre otras cosas.

¡Qué impactante fue para mí todo esto! Para empezar, los ropajes de aquel hombre sí eran indígenas, pero no del Amazonas. Eran disfraces de los indígenas Piel Roja de Estados Unidos que vemos en las películas de Hollywood. Además, todo lo que él hizo, más que un acercamiento a su cultura se me pareció a un juego recreacionista, como el de una piñata.

A ver, para explicarme mejor: hay un término que se llama blackface, comenzó en Estados Unidos en los años 40 y 50, cuando al no contratar actores negros para desempeñar papeles en el cine, los actores blancos se pintaban la cara con betún y los labios rojos para disfrazarse de persona negra y desempeñar esos papeles.

Eso es racista. Aunque hoy no se hace blackface en el cine, sí existe quien se disfrace de persona negra o indígena. Lo que podría pretender ser un homenaje o simple desconocimiento, termina por ser discriminatorio, pues lo que para esa persona es un simple disfraz para otra es su identidad y eso no se quita como una máscara.

A lo que quiero llegar con esto es reflexionar sobre lo que estaba pasando en esa pequeña isla. Un hombre, indígena, que se ve obligado (porque ese es su trabajo) a disfrazarse de película de Hollywood. Además, vende su cultura como una atracción turística... También las artesanías, que ni eso eran. ¡¿Papá Noel?!

Mi intención no es señalar a estas personas, es más, me parece un trabajo que yo no sería capaz de hacer. Lo que yo quiero es llevar a juicio nuestra cultura aplastante, dictatorial y prejuiciosa, empezando por mí, que al ver los palafitos mi primer pensamiento fue que lo mío era mejor que lo de ellos. La cultura de otro no es una atracción turística. Sus idiomas, que no se mencionan en ningún lado, también hacen parte de las lenguas de Colombia.

El señor que vimos en ese muelle que no hablaba español y es tan colombiano como yo. Sin embargo, para poder vivir en este país se ve obligado a dejar atrás algunas cosas, porque el simple hecho de ir al colegio no está disponible en otro idioma que no sea el español.

Somos un país diverso, y yo decía saberlo hasta que fui a Leticia, y eso que aún no sé nada. Me imagino cómo debe ser para el hombre de la isla tener que exhibirse así, que su trabajo sea jugar con su identidad. Duro.

Yo no sé nada, y no soy nadie. El viaje al Amazonas fue espectacular, pero también chocante en ciertos aspectos, incluso hoy, diez meses después, todavía tengo mucho en qué pensar■

El agua no fluía

Jorge Mario Montoya Barrera • ***Fundación Ratón de Biblioteca*** • ***Sede Guadalupe*** • ***Estudiante U de A***
Talleristas: ***Maritza Montoya Pérez***

Nunca en el barrio Villa de Guadalupe habíamos presenciado un aguacero tan torrencial. Por las calles empinadas bajaba el agua a raudales, el granizo hacía pequeñas montañas blancas y sonaba al unísono contra los tejados. En algún momento me alcancé a preocupar. Luego pensé que en mi barrio, por más fuerte que lloviera, nunca pasaba nada fuera de lo normal, y me tranquilicé un poco.

Caía la tarde, los minutos se hacían eternos y la lluvia parecía que no fuera a cesar, sonaban truenos espantosos que hacían vibrar la ciudad. Era tan fuerte el estruendo que en mi casa invocaban a "Santa Bárbara Bendita", y tuvieron que acudir a prender el velón grandísimo que habíamos comprado en la Semana Santa pasada por las intenciones de la familia.

El granizo sonaba estridente en los techos de zinc. Mientras la lluvia seguía cayendo, una corriente de aguas diáfanas que bajaba por las casas y zanjas vecinas, presagiaban lo peor. La tormenta aún no pasaba y ya sentíamos que el agua nos llegaba hasta el cuello.

Muchos sabemos que cuando llueve en gran cantidad lo primero que se tapa en los barrios de Medellín, son las alcantarillas debido a las basuras. Por allí bajan colchones, cientos de papeles, pañales, botellas, plástico y cantidades de inmundicias que el ser humano desecha. Sin embargo, el alcantarillado se tapa por la exagerada cantidad de desechos y basuras que llevan las aguas montañas abajo, hacia el río Medellín, caudal que divide la ciudad en dos, tratando de buscar el cauce de la vida, tratando simplemente de fluir.

Recuerdo que mis vecinos, en su paranoia colectiva, salían al borde de sus aceras a mirar los estragos que dejaba el agua calles abajo. Comentaban que con tanta lluvia los tanques del barrio Santo Domingo, que represaban el agua del barrio, se podrían rebosar, o en el peor de los casos reventar. Los más pequeños empezábamos a creernos el cuento de los tanques, sin dimensionar que seríamos testigos de las inclemencias de la naturaleza. Aunque lo peor que a uno le podía pasar, pensaba yo, era que toda esa agua se metiera con total libertad a estas casas solariegas, sin pedir permiso, sin medir las consecuencias y daños que les causaría a los habitantes de este lugar, dañando lo poquito que encontrara a su paso e inundando habitaciones y truncando tantos sueños comunes.

Y lo peor en realidad sí llegó y se divisó en las esquinas y rincones de la calle 95B. Ese día el agua fue tanta que formó un verdadero río negro y una gran espesura de suciedad que obstruyó el paso. Como el aguacero no paraba, el agua se encausaba en las lomas y seguía fluyendo hacia el río, y como esta tiene memoria, buscaba fluir por el cauce donde una vez emanó, y pasaba por encima de todo lo que encontraba a su paso.

Viendo el caos ambiental en el que me encontraba, lo primero que me pregunté fue: ¿cuánto tiempo nos quedará en Medellín para disfrutar del agua potable? Lo que pasó fue que una de las tantas cañadas que tiene nuestro barrio no aguantó más la indiferencia y se obstruyó, pues no estaba acostumbrada a llevar tantos desperdicios como le tocó arrastrar ese día.

Por fin el agua nos dejó salir a la calle, don Tiberio, doña Nena, Alba y sus hijos, mi abuelo y otros nos dimos cuenta del olor nauseabundo que impregnaba la calle 95 B, puesto que toda la basura que no alcanzó a bajar se quedó atascada en aceras, piedras, postes o andenes y terminó esparciéndose.

Unos gallinazos ya asomaban su pico intentando abrir las bolsas, otros ya se estaban dando un gran festín con el resto de cosas que habían quedado a su merced. Mientras los muchachos y los señores de la cuadra hacíamos una comitiva de limpieza para recuperar nuestro espacio, para que el barrio no se viera tan sucio y deteriorado, mi madre estaba en casa sacando el agua que había alcanzado a entrar, mirando si se habían dañado muchos objetos y recuperando los que no estaban tan mojados. Mi papito estaba atrapado entre tanta agua y con sus pies encima de los muebles le pedía ayuda a mi madre.

Imágenes de un sofá roto, una nevera sin puerta color naranja de tanto óxido, un triciclo, una chancla sin su par, zapatos descocidos, harapos y una cantidad de objetos que, por imposible que parezca, bajaban por la cañada. Estas fueron las representaciones que hasta el día de hoy vagan por mi cabeza, de lo que puede generar el ser humano, de lo consumistas que somos y de que en realidad nunca fue culpa del aguacero, ni de la quebrada que se salió de su cauce, mucho menos del cuento de los tanques, solo ocurrió por nuestro descuido y poco compromiso con lo que nos rodea■

La zarigüeya

Alexandra Lezcano Pérez • ***I. E. R. El Hatillo*** • ***Grado octavo***
Tallerista: ***Mariana Flórez Palacio***

Peter llegó a mi vida de manera inesperada, un jueves de estudio como tantos otros. Ese día, un amigo del colegio estaba mostrando un video en el que se veía a una zarigüeya atropellada que tenía como 7 bebés a su lado. Recuerdo muy bien la fecha, ese 27 de junio fui corriendo a rescatar a los pequeños porque si no lo hacía morirían de hambre.

Al llegar, encontré a su madre en estado de descomposición y solo uno de los bebés estaba vivo. Él estaba aferrado al cuerpo, entonces lo tomé y decidí meterlo a escondidas en mi casa. Luego, mi prima se enteró y mi mamá, también. Les dije que era una ardilla -ya sé que no estuvo bien mentirles- porque, en serio, quería cuidarlo y si les decía que era una zarigüeya no me dejarían criarlo.

Les dije que era una ardilla -ya sé que no estuvo bien mentirles- porque, en serio, quería cuidarlo y si les decía que era una zarigüeya no me dejarían criarlo.

Lo llevaba cada día al colegio y lo cuidaba allí. Llegué a creer que esto era agotador para él porque era muy frágil. Sin embargo, contra todo pronóstico, cada día se hacía más grande y fuerte.

El primero de julio fueron las personas de ambiental del municipio a hacer una campaña, o algo así. Querían que les entregara al bebé zarigüeya para cuidarlo, pero yo no confiaba en ellos para hacerlo y creí que yo sola sería capaz. Por ignorancia no quise entregarlo. Hice lo que pude con él.

Tres días después, su pelo comenzaba a aparecer y se veía tan lindo, a mis ojos, pero algo bajo de peso para su edad. Los siguientes días fueron angustiantes y el desenlace final se dio el 8 de julio, cuando dejó de respirar. Estaba tan triste que decidí embalsamarlo y, luego, meterlo en una pequeña cajita de madera. Lo enterré en mi patio, le puse flores y hasta creo que recé por él.

En ese momento me arrepentí de haber sido tan egoísta con él, si hubiera decidido entregarlo a las autoridades ambientales podrían haberlo cuidado verdaderos especialistas y seguramente hubiera vivido mucho más. De esto me queda una lección: de los errores se aprende; por eso trato de cuidar mejor a los otros animales que han llegado a mi vida, siempre atendiendo las recomendaciones de los expertos.

Gracias por todo, Peter■

Decisiones que abren puertas

Luisa Fernanda Llano Moncada • ***I.E. Benedikta Zur Nieden Itagüí*** • ***Grado noveno***
Tallerista: ***Simón Hernández Barrera***

Es común verlo recorrer la ruta que lo lleva en dirección de ida y regreso a la estación Ayurá. Transita por las calles cuando la primera luz acaricia el Valle de Aburrá, y al momento en que las edificaciones iluminadas de la ladera de El Porvenir, parecen a lo lejos casitas de pesebre.

Maicol es un joven de estatura media, corpulento, de tez blanca, ojos y cabello negros; tiene 21 años, nació en la ciudad de Medellín y vive en el barrio El Porvenir. Es egresado de la Institución Educativa Oreste Síndici del municipio de Itagüí y actualmente está en último semestre de Ingeniería en Telecomunicaciones en la Universidad Pontificia Bolivariana.

Se caracteriza por ser una persona bastante inquieta. Tiene tres motivos, tres pretextos que le permiten ver el mundo con otros ojos. El primero es el profundo deseo de aprender y estar en constante movimiento con respecto al conocimiento. Por otro lado, está la sensibilidad que le genera el lenguaje de la música, pues no puede pasar un día sin disfrutar de ella. Por último, aunque para algunos parezca banal, en el fútbol encuentra el fervor, el trabajo en equipo y la esperanza de una nueva oportunidad alentando al Deportivo Independiente Medellín en la tribuna norte del Estadio Atanasio Girardot, es seguidor de la pelota ya sea viéndola por televisión o practicando con sus compañeros.

> **"Soy un convencido de que la educación es un elemento que influye profundamente en la transformación de la vida y realidad de una persona"**

"Soy un convencido de que la educación es un elemento que influye profundamente en la transformación de la vida y realidad de una persona y por ende del entorno en el que esta se desenvuelve. Te dota de herramientas y valores que te llevan a tener una perspectiva para entender las realidades individuales y colectivas. De esta forma se pueden identificar problemáticas, necesidades y plantear soluciones efectivas", dice él.

Maicol creció en el barrio El Porvenir y ha vivido casi toda su vida allí. "Pienso que es un barrio lleno de jóvenes que tienen muchísimo talento, con muy buenas ideas y que, si son bien encaminadas, tienen un gran futuro. Aunque no es un entorno fácil, esto debe ser motivo para cambiar su realidad y la de sus familias".

Al momento de graduarse fue el mejor bachiller de Itagüí y lo que más agradece de la escuela es a las personas que lo marcaron, que despertaron su admiración y lo motivaron a ser quien es. "Recuerdo a la profesora Neidy Bibiana Álvarez, sus clases de matemáticas y sus enseñanzas sobre la importancia de ser una buena persona por encima de cualquier cosa. La profesora Erika Herrera, su gran pasión por enseñar y mostrarnos a los estudiantes que, aún en las situaciones más difíciles, se puede soñar. El profesor Damar Betancur y su manera de demostrar que jugar es una gran forma de aprender. Las profesoras Elcira y Piedad, nos corregían con su espíritu maternal y me mostraron que yo estaba para grandes cosas. La coordinadora Margarita Álvarez y su inacabable exigencia que siempre me motivó a superarme y ser mejor en cada momento".

El camino del conocimiento lo ha conducido por buenas praderas, y a lo largo de su formación ha obtenido varias becas. Con la del programa Ser Pilo Paga empezó sus estudios universitarios. En la universidad obtuvo una beca de honor por tener el mejor promedio durante su primer semestre. Tiempo después alcanzó una beca que le permitió participar en un grupo de investigación en diferentes campos relacionados con la tecnología y las telecomunicaciones. Y este año fue galardonado con un premio de la Asociación Colombiana de Facultades de Ingeniería, en la modalidad de avances de investigación, por un proyecto relacionado con el tema de agricultura de precisión, en el que estuvo trabajando durante casi dos años con algunos docentes de la facultad.

Siempre le gustó entender cómo funcionaban las cosas y el porqué de los fenómenos que componen nuestro entorno a una escala más avanzada. Por esto estudia ingeniería, porque la ve como una oportunidad para entender muchos fenómenos que siempre fueron un enigma para él y como una posibilidad de potenciar sus habilidades para transformar su realidad y la de las personas cercanas, además de aportar a la sociedad con sus conocimientos.

Escoger la universidad fue un proceso sencillo en la medida en que la carrera que quería estudiar no estaba disponible en muchas universidades. Inicialmente tenía como opciones la Universidad de Antioquia, el ITM y la Universidad Pontificia Bolivariana. Como opción alterna también se presentó a EAFIT para estudiar ingeniería en sistemas. Fue aceptado en todas ellas, pero finalmente, después de hablar con varias personas que lo aconsejaron y de evaluar sus ambientes y su expectativa frente a lo que quería aprender, tomó la decisión de estudiar en UPB, y hasta el día de hoy cree firmemente que fue la mejor decisión que pudo haber tomado.

La oportunidad de trabajar con personas que son de los mejores en su área de acción a nivel nacional le ha servido para ser mejor cada día. Resalta que no puede concebirse el conocimiento sin el enfoque humanista, pues es vital en esta época fortalecer los principios y valores en todos los campos. "La universidad, más allá del componente académico, te transforma como persona por todas las cosas que tienes que vivir allí, por todo a lo que te tienes que enfrentar, por las etapas que tienes que superar y el proceso de sacar adelante tu carrera que no es sencillo, en la medida en que tienes que lidiar con muchas responsabilidades al mismo tiempo. Es un espacio en el que te moldeas y te preparas para afrontar muchas cosas en la vida".

Durante el mes de julio estuvo en Alemania y asegura que lo que lo llevó a ir allí fue la motivación por conocer nuevos lugares, aprender sobre otras culturas y abrirse a nuevas oportunidades académicas a corto plazo. Dice que fue una experiencia bastante grata, en la que pudo aprender sobre la cultura alemana. Además, pudo complementar muchos conocimientos sobre su carrera y comprender el papel que esta juega en un país que es pionero en el desarrollo tecnológico y de las telecomunicaciones a nivel mundial.

Lo que más le gustó fue que esta experiencia supuso varios retos importantes, como trabajar y compartir en ambientes académicos con personas de diferentes partes del mundo, el hecho de tener que acoplarse temporalmente a una nueva cultura y además tener que comunicarse en un idioma distinto al que habla todo el tiempo. Cuenta que: "son experiencias que te cambian como persona y cambian la perspectiva que tienes sobre muchas situaciones".

Su visión a 5 años es terminar su carrera y finalizar una maestría en Ciencia de Datos e Inteligencia Artificial, ya sea en el exterior o en Colombia, participar continuamente en proyectos de investigación, que es una rama de la academia que lo apasiona bastante. Cree que tiene mucho futuro y posibilidades de impactar positivamente en la sociedad y de construir su propia empresa.

Con la mirada siempre al frente aconseja a las personas que están desmotivadas frente al conocimiento: "Inicialmente les recomendaría que encuentren algo que los apasione. Nadie está desmotivado cuando se trata de aprender algo que lo mueve y con lo cual se siente totalmente identificado. Existen múltiples capacidades, inteligencias y conocimientos y cada persona es un universo distinto donde hay habilidades y talentos que pueden ser desarrollados si son bien enfocados. Mi recomendación es no frustrarse y tratar de conocerse a sí mismo lo suficiente como para determinar con seguridad qué lo motiva y qué cosas le gustaría aprender. Por otra parte, no dejarse llevar por las presiones familiares y sociales con respecto a las cosas que debería estudiar o en lo que deberían ser buenos. El conocimiento es un concepto muy amplio y no debería ser limitado por estereotipos o creencias impuestas" ■

Sueños lesionados

Julián Berrocal Díaz • ***I.E. Fe y Alegría Luis Amigó Moravia*** • ***Grado décimo***
Talleristas: ***Daniel Gómez Vásquez*** • ***Alejandra Márquez Quintero***

Siempre he pensado sobre la forma en que cada decisión cambia nuestro futuro, pero nunca creí que tuviera un ejemplo tan claro como aquel día. Todo empezó una tarde algo nublada, un poco fría, en la cual debía entrenar con mi equipo de fútbol "Nuevo milenio" en mi barrio Moravia. Normalmente empezábamos a las 4:30 p.m., pero este día el inicio del entrenamiento se aplazó hasta las 5:30 p.m., por un partido de la Selección Colombia contra Uruguay, en la décima fecha de las eliminatorias para el mundial 2018. En ese lapso decidí jugar con algunos compañeros, preferí hacerlo a pesar de que mi entrenador me dijo que no lo hiciera porque podía lesionarme.

Al tiempo de estar jugando me descompuse el dedo anular de la mano derecha, lo cual debió ser motivo suficiente para detenerme, pero a pesar de que en ese momento pensé en irme para mi casa, no lo hice… ¡Vaya que me arrepiento de esa decisión! Ahora sé que pude cambiar todo lo que estaba por venir, pero en ese momento no lo pensé, simplemente no sabía lo que venía y, como aquel efecto mariposa que crea tornados, lancé los dados sin saber que el resultado cambiaría totalmente el juego, mi vida.

Yo solía tener problemas en la rodilla derecha, me invadía un dolor intenso, que he llegado a comparar con la fractura de un hueso. Esta sensación venía acompañada con un sonido similar a tronarse los dedos, a pesar de detenerme e incluso derribarme en ciertas ocasiones, no impedía que me levantara a seguir haciendo lo que en ese momento amaba y me motivaba.

Ese mismo día, unos minutos después, defendiendo una jugada, tuve un choque con una compañera, la cual salió volando y aterrizó en mi rodilla con problemas. Sentí un dolor enorme e inmediatamente caí sobre la grama húmeda. Desde allí podía mirar los pequeños pedazos de césped artificial y un poco más al fondo a mis compañeros, preocupados porque sabían que era una entrada riesgosa que podría terminar mal. Las lágrimas se me salieron casi inmediatamente, no lo podía evitar. Sentí que ocurriría lo mismo: el dolor de siempre estaba ahí, pero por la motivación que me generaba el deporte seguí adelante, me levanté y continué jugando. Después me senté y estiré un poco.

Las lágrimas se me salieron casi inmediatamente y no lo podía evitar. Sentí que ocurriría lo mismo: el dolor de siempre estaba ahí

Me sentí como un niño al levantarme y tratar de dar mi primer paso, totalmente confiado, sin esperar que volvería a caer casi en cámara lenta. En ese momento descubrí que no podía caminar y alguien me ayudó a cruzar la cancha, luego escuché un comentario que provenía de alguien de la tribuna -me pareció un poco ignorante, pero en el momento solo reí sarcásticamente- decía algo así: "¡Buena! A la siguiente igual, pero con más fuerza" (refiriéndose a la jugada hecha).

Lo que no sabíamos ni él ni yo es que esa jugada me costó una cirugía meses más tarde, esta lesión me arrebató una afición y una ilusión. Además de impedirme viajar a un encuentro deportivo fuera de la ciudad, implicó sacarme de la Pony Fútbol y no poder estar en las olimpiadas; sin embargo, lo veía superable porque igual existía un poco de esperanza, una parte de mí me decía que volvería más fuerte. Tal vez esta ilusión era lo que no me permitía rendirme ante nada.

Unos días antes de la cirugía estaba muy ansioso, algo similar a cuando esperas un paseo la noche anterior. Para mí, esa cirugía sería la oportunidad para iniciar de nuevo y mejor aún: volver sin impedimentos. Al llegar por fin el deseado día, recuerdo estar hablando con el cirujano y poco a poco quedarme anestesiado. Sentía cómo el líquido raro, blanco, que me habían inyectado recorría mi cuerpo como un escalofrío y me generó nauseas, presentía que en ese momento vomitaría, pero no fue el caso.

Hasta despertar no volví a sentir nada. Apenas abrí los ojos una enfermera me ofreció agua, tomé algo, descansé y dormí un poco. Unas horas más tarde, al volver a despertar, no paraba de pensar en que ya todo estaba bien, que debía recuperarme pronto para volver a las canchas y sentir de nuevo esa sensación de mis guayos pisando y enterrándose en la grama, la adrenalina de ser el último hombre y defender la última jugada. Me imaginé absolutamente todo: cómo sería mi regreso y cómo lucharía para ser el mismo de antes. Mi mente estaba enfocada 100% en esto. Mi nueva meta: volver a jugar.

En el vestuario, todavía un poco anestesiado, mientras me cambiaba, empecé a reírme y a contarle a mi madre todos mis planes para recuperarme y jugar fútbol, en ese justo momento entró una enfermera a darnos un reporte de lo que había pasado. Habló sobre el procedimiento realizado y cómo quedaría con el 10% del menisco en mi rodilla derecha, ya que no se podía recuperar más debido al trauma recibido. Esto se sumó a un problema congénito, entonces el cirujano no había podido hacer mucho, aquello significaba que no podría volver a practicar ningún deporte de contacto en mi vida para evitar una sobrecarga y futuros problemas ortopédicos.

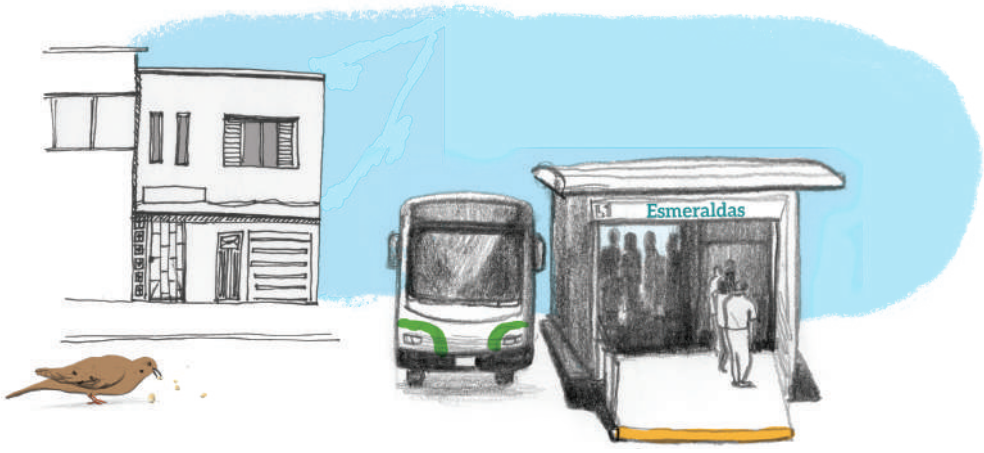
Escuchar todo esto no había cambiado mi actitud, realmente aun tenía esperanzas y sobre todo ansias de cumplir mis nuevas metas, mi emoción era tal que me sentía en una atracción de algún parque de diversiones. Ellas me miraron extrañadas del porqué de mi actitud, pues no eran tan buenas noticias, pero lo que no sabían era que yo todavía no entendía que no podría volver a jugar fútbol. Segundos después la enfermera fue un poco más específica y dijo que debía retirarme, que no había posibilidad de que volviera a jugar. Me sentía en una montaña rusa de emociones, donde en un segundo estaba en la cima y al siguiente descendiendo al recordar todos los partidos que había jugado. Pero me dolió más pensar en los partidos que yo creía que me faltaban por jugar. En ese momento me rompí y empecé a llorar, sentí cómo mis sueños se iban, el jugar fútbol o el intento de ser militar. Esa sonrisa y esa alegría que pensé eran por la anestesia se desvanecieron y me di cuenta de que eran por mi ilusión y motivación. Sí, esa que perdí justo en el instante en que escuché el reporte de aquella enfermera que solo cumplía con su trabajo, pero que cambió todo lo que pensaba hasta ese momento.

Cuando aún tenía lágrimas en los ojos, llegó el vigilante de la portería con una silla de ruedas que habían pedido para mí. Al salir del vestuario justo entró otra camilla con un joven de unos 20 años que se había accidentado y perdido la movilidad en sus piernas. En ese momento mis sueños y mis ilusiones se convirtieron en algo tan mínimo, me di cuenta de que, aunque doliera, había personas que día a día superaban peores situaciones y justo tuve una prueba de ello inmediatamente crucé la primera puerta. Esto me ayudó a pensar que no hay circunstancias que no se puedan superar, pero aún es difícil no derramar una lágrima al recordar cada una de las cosas que viví y esos sueños que no podré cumplir■

En este texto Julián logra algo complejo: hacer de una situación dolorosa y muy personal una oportunidad para reflexionar sobre la capacidad de ponerse en el lugar del otro y trascender las propias limitaciones con una perspectiva de ciudadanía. Nos lleva de la mano por la montaña rusa de sus emociones con descripciones muy precisas, conmovedoras y genuinas.

Ir de afán y mirar lentamente

Laura Manuela Contreras González • ***Fundación Ratón de Biblioteca*** • ***Sede Guadalupe*** • ***Grado décimo***
Tallerista: ***Maritza Montoya Pérez***



Texto DESTACADO

Un recorrido frecuente, con diez minutos menos pera llegar puntual. Laura corre para ganarle al tiempo y también a la indiferencia. No obstante su afán, con ojos generosos descubre la belleza de lo simple y con su texto nos transmite la trascendencia de mirar lentamente.

Mientras cierro la puerta de mi casa a las 7:37 a.m., inhalo el aire puro que se siente cuando comienza un nuevo día, es el aire que desprenden las montañas, tan limpio y libre como los pájaros que cantan en el árbol frente a mi hogar.

Me dirijo a la estación del Metroplús Las Esmeraldas. Voy tarde para la clase que tengo en el Sena de La Minorista.

Sigo caminando y veo la cara larga que mucha gente lleva apenas iniciando el día, pero hoy es sábado y aún les espera una ardua jornada de trabajo, además de atravesar la ciudad e ir hasta los lugares donde sus compromisos y obligaciones apremian.

Llego a la estación y veo la fila que hay para recargar la Cívica, cada sábado es igual. Huele a pan recién horneado, pues contiguo a la estación hay una panadería, y aunque sea tan temprano ya hay adultos y señores que van a tomarse un tinto humeante; algunos niños están comprando buñuelos para desayunar, las tórtolas asoman sus picos para recoger las migas que sus buenos vecinos dejan tiradas para alimentarlas.

Avanza la fila y es mi turno, la operaria que me atiende es joven, va peinada con una cola de caballo bajita, lleva un buso gris y con una voz suave me pregunta:

- ¿Cuánto le va a ingresar a la cívica?

-Cinco mil pesos por favor, le contesto.

Ya dentro de la plataforma del Metroplús escucho desde los altavoces los boleros tristes que tanto le gustaban a mi abuelito Chucho, esa música me relaja a pesar del afán que tengo.

Llega el autobús y observo toda la gente que hay y quisiera esperar otro, seguir escuchando esos boleros que suenan, seguir rememorando otros tiempos, pero veo la hora y ya es tarde. Entro estrujando y siendo estrujada, cuido mis objetos para no ser despojada de las pertenencias que una joven de mi edad lleva: bolso, reloj, celular, libro, audífonos y el poco dinero que mi padre me regaló para los pasajes. Quedo muy cerca de la puerta, mis ojos buscan un sitio para sostenerme y avanzar.

Entro estrujando y siendo estrujada, cuido mis objetos para no ser despojada de las pertenencias que una joven de mi edad lleva: bolso, reloj, celular, mi libro, mis audífonos y el poco dinero que mi padre me regaló para los pasajes.

Desde los altavoces se desprende un: "Próxima estación Manrique", e inmediatamente me alerto para ir buscando algún espacio más cómodo, pues la combinación de olores y lociones penetran mi olfato, se puede percibir el sudor de la gente, que ya lleva varias estaciones, montada y apretada en el caluroso transporte.

Miro a mi lado y veo a doña Luz, la señora del primer piso de mi edificio, no la saludo porque me cae mal. Volteo hacia el otro lado y veo toda la gente que hay en este bus: altos, flacos, gordos, blancos y morenos, hombres y mujeres, la mayoría lleva dos elementos esenciales: el bolso y el celular, y casi todos van chateando, jugando o escuchando música con sus audífonos.

Dirijo mi mirada hacia la puerta y veo cómo avanzamos hacia la estación Gardel, una estación llamada como el gran cantante Carlos Gardel y observo todas las discotecas que se encuentran sobre la 45, que una vez fue una calle tanguera.

Estación Palos Verdes, entra un gran tumulto de gente, entre ella una dama con un bebé de brazos. Al ver que no le ceden un puesto iba a intervenir pero una señora que estaba a mi lado se adelantó y dijo con tono fuerte y firme: "Alguien que le brinde asiento a la señora que tiene un bebé". Un adulto mayor, entre tantos jóvenes distraídos en el celular, se para y le da su asiento, indignada quisiera decir algo al respecto y ayudar, pero me distrae una chica que me empuja para bajar.

Estación Hospital. -¿Qué hago en la mitad del autobús? Me pregunto, sin haberlo notado, la gente que iba ingresando me hizo desplazar. - ¿Cómo voy a salir entre tantas personas? suspiro.

En la estación Ruta N, cerca de la Universidad de Antioquia, veo que salen varios jóvenes que, probablemente, se dirigen a la Universidad con sus bolsos y particular vestuario.

Una leve inclinación me saca del estupor en el que estoy, hoy quiero observarlo todo, quiero describir cada detalle y no me quiero perder nada de lo que sucede en mi ruta. Seguimos avanzando y tomamos la curva terrible que está cerca a la estación Chagualo que me hace agarrar con fuerza de donde pueda, o de quien pueda.

Al llegar a dicha estación una chica que iba a salir enreda su camisa en el cierre de mi bolso, pero por el afán que tiene, jala fuertemente su prenda e incluso la rasga un poco ya que era de lana. Me pide disculpas con prisa porque las puertas ya están sonando para cerrarse.

Me distraje un momento viendo por la ventana que quedaba en frente, observando a algunos habitantes de calle haciendo sus refugios improvisados, y me pregunto: ¿cómo llegaron hasta allí? Esos pensamientos vagos se terminan cuando escucho "próxima estación Minorista". Veo la hora y solo me quedan cuatro minutos para estar a tiempo en el salón de clases.

7:56 a.m. Salgo de la estación con rapidez, el sol brillante me pega en los ojos nublándolos por un breve momento, me detengo para estabilizarme y observo cómo la gente que salió conmigo de la estación se va en direcciones diferentes, y se pierden de mi vista.

Cruzo una de las dos calles que me faltan para llegar a clases, a mi lado pasa un señor vendiendo churros, y el olor que desprenden es delirante, una combinación de dulce, aceite muy caliente y crujiente se detiene en el aire.

Paso la segunda calle con premura, intentando esquivar a la gente; sin embargo, aún me esperan dos cuadras más. Cuánto desearía no haberme despertado diez minutos más tarde. Camino rápido, los pasos largos para un par de piernas de alguien que apenas mide 1,57 m.

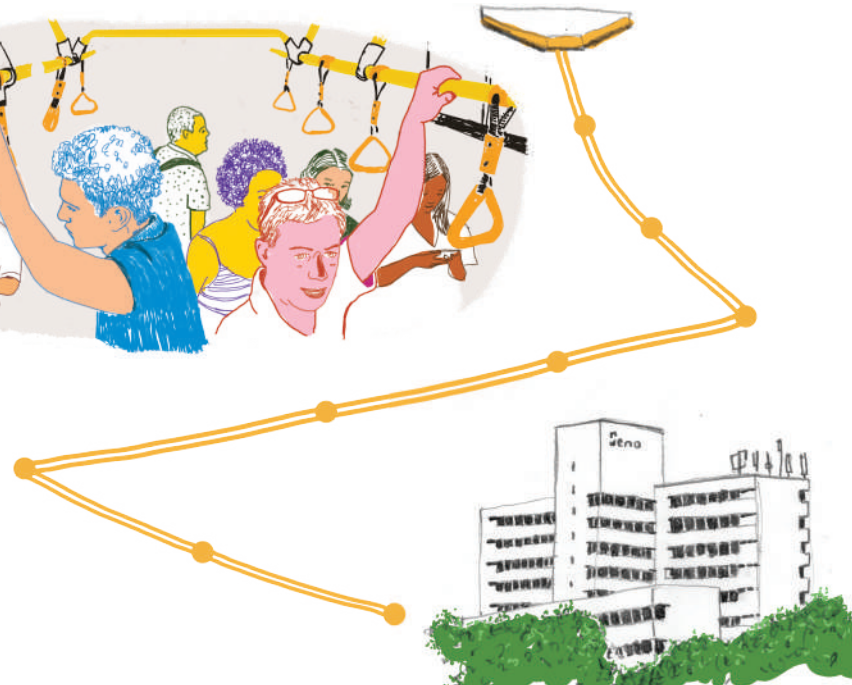
Veo en la acera las chazas coloridas de los vendedores que ya tienen frutas colgadas, y mecato, pero no tengo tiempo de comprar una deliciosa manzana. Llego a la portería, saludo al vigilante de turno, es un señor moreno, alto y calvo, con uniforme azul oscuro que lleva el apellido Palacios bordado en hilo dorado a un costado. Para ingresar debo abrir mi bolso y mostrar mi carné, lo hago con bastante torpeza. Muestro mi bolso y solo se pueden ver las cocas donde mi mamá me empacó el almuerzo. Ingreso cerrando el bolso de un tirón.

Apresurada me dirijo al elevador, veo a los gatos que se encuentran en el edificio y quisiera tocarlos, pero no puedo, aprieto el botón para bajar y mientras tanto se me une una chica con uniforme de enfermera.

Sé que, a pesar de lo apresurada que estoy, no voy tan tarde, marco el piso número 5 y la chica el 7. De repente, un ligero mareo me recuerda lo frágil que somos para la vida, esto me da cada vez que me subo a un elevador. Llego al 5 piso, me despido con cordialidad. Ya no me apresuro, pues solo me falta caminar por el pasillo y mientras lo hago veo por la ventana un hermoso árbol de flores rojas que siempre había estado allí pero que no me había detenido a ver.

La puerta está ajustada, golpeo, la abro con toda la delicadeza para que mi llegada no se note, veo a mis compañeros sentados y a la instructora llamando a lista, el ambiente frío que produce el aire acondicionado roza mi piel caliente por el resplandeciente sol que abrasa la ciudad.

- ¡Buenos días! – digo, mientras me siento después de esta travesía en la que cada elemento de mi alrededor tenía algo que decirme■



elCOLOMBIANO

NOVIEMBRE DE 2019
prensaescuela@elcolombiano.com.co
http://www.elcolombiano.com/blogs/prensaescuela
Teléfono: (57) 4 - 335 93 55

Huele a primer mundo

David Steven Cano • ***Centro Educativo Autónomo*** • ***Grado undécimo***
Tallerista: ***Mariana Flórez Palacio***

Como siempre, todo tiene su inicio en la enrejada casa azul que hace de institución. Era un viernes 4 de octubre del 2019, a las 1:30 p.m., clima ambiguo como yo, como la ciudad donde acontecen los hechos.

Mis compañeros, con su prisa habitual, habían partido a la Universidad Pontificia Bolivariana, dejándome por mi cuenta. Sin saber qué hacer y desubicado como de costumbre, no vi otra que abrir esas rejillas de tinte azul de mi colegio, y en todo el recibidor voltear hacia la derecha, caminar entre paredes enchapadas de celosías y bajar una pequeña escalinata para toparme con el aula de clase. Giré el pomo de la puerta y, sin saludo alguno, me dirigí a mi profesora encargada de gestionar nuestra actividad en el taller que frecuentamos la mayoría de viernes en la UPB:

-Yeimy se fueron sin mí- le dije.

A lo que me respondió con una voz con un tono algo imponente:

- Eso es porque no llegas a un arreglo con ellos para partir juntos.

Tras lo que me dijo, tomé unos segundos para asumir mi error y con una preocupación injustificada, porque en realidad lo que me pasaba no era un gran asunto, pregunté:

- ¿Ahora como hago yo para ir a la universidad?

Ahí me replicó la respetable maestra:

- No sé, tome un bus.

¡Qué me había dicho¡ Empezó a subirme un molesto calor por el cuerpo, me hervía la cabeza, me hervía más por la vergüenza que por la ira.

-¡Nunca he tomado un bus yo solo!- retumbó mi voz.

Y con suma tranquilidad, o en lo que a mí me pareció un intento de mi profesora por darme una lección verdadera, me respondió:

- Ya te las arreglarás.

Con paso rápido y apurado dejé la institución y subí hacia la esquina de la calle que daba con la 104, allí era donde paraba el bus 284, que lo lleva a uno de norte a sur, dejándolo por los lares del estadio. En esa parada, o mejor dicho depósito de basuras, esperaba impaciente el transporte junto a una señora menudita, de casi la mitad de mi estatura. Volteé a verla y bajé mi mirada hacia el asfalto, me invadió una sensación de desasosiego.

Pensaba que, al ser la primera vez que me atrevía a aventurarme totalmente solo por el sistema de transporte público de Medellín, terminaría perdido en ese valle adornado con casas y edificios

Pensaba que, al ser la primera vez que me atrevía a aventurarme totalmente solo por el sistema de transporte público de Medellín, terminaría perdido en ese valle adornado con casas y edificios, en ese inmenso valle que ya hace algún tiempo se le apoda la "Tacita de plata" por su impecable aseo, pero que ahora, cubierto con deshechos y apestando a clorofluorocarbonos, perdió algo de su pulcritud.

Nada que lograba ver en la pendiente calle al dichoso bus, y justamente por los nervios que describía, con timidez y mi siempre característico recelo, le pregunté a la señora a mi lado, que dejaba escapar una expresión burlona al notar mi ingenuidad, si efectivamente el 284 se detenía allí, qué estaciones hacía, cuando yo ya tenía idea de eso, porque en incontables ocasiones durante mi niñez, se me dijo qué buses tomar si quería ir a algún lado, junto con sus rutas respectivas. Cosa que finalmente fue una información de especial valor para el poco experimentado adolescente que soy ahora.

Estuve cerca de cinco minutos ahí parado, cuando finalmente... ¡Sí, era el bus! Justo como me lo imaginaba: grande, con su pintura roja y su desastroso motor a diesel. Primero subió la señora, luego yo. Le entregué el pasaje al señor busero y, como si me costara la vida, busqué un asiento vacío. Lo vi adelante. Jamás estuve tan feliz al ver una silla de pasta. Tomé asiento.

A mi alrededor el aliento de todos los pasajeros calentaba el lugar, quién iba a creer que ir a un sauna fuera tan accesible, tan caluroso, pero era un calor que, de alguna forma, me parecía acogedor, casi como si todos allí fuéramos una gran masa. Buscaba, en ocasiones, que mis ojos descansaran del encierro y trataba de mirar por la ventanilla, pero sentada junto a mí estaba una mujer de muchas carnes, por esto tenía que inclinarme un poco para alcanzar a ver algo y tomar aire, no era muy bueno de todos modos.

Entre las imágenes que recuerdo se encuentran las personas en las aceras, era tanta diversidad...mulatos, mestizos y blancos, todo un tesoro de genes. Vi también los puestos de frutas, las flores en la copa de los árboles y sus pajaritos exóticos como la tierra en la que habitan, una escena que me pareció tropical, sonaba a cumbia.

Todo el teatro que me había montado en la cabeza, fue solo eso: un teatro. Llegué a mi parada tras 25 minutos de trayecto, esta se encontraba adyacente a una estación de gasolina. Me baje allí y sentí alivio por haber superado la paranoia sin sentido que me producía mi propia ciudad.

Esperé en el semáforo para cruzar, y a mi izquierda vi a un vendedor ambulante con sus dulces; le pregunté la hora, marcaban las 2:05 p.m., la luz del semáforo se tornó verde, y yo, concentrado en no demorar más para llegar al taller que me esperaba en la UPB, tambaleé mis piernas por toda la 70. Solo me detuve a observar un bar de colores vivos con catrinas pintadas y a los extranjeros de rasgos que gritan a leguas: Europa; para pensar en aquel chiste sin gracia que me digo a mí mismo, cada que los veo: "Huele a primer mundo".

En un parpadeo estoy en la Universidad, ese universo con capilla

Texto DESTACADO

En su texto, David transforma una anécdota sencilla en un relato que demuestra su capacidad de observación y de transmitir emociones, con un valor adicional: un sentido del humor muy fino. Es capaz de sintetizar, en una frase, un universo.